

BOLSI LIBROS
ASA

TERROR

ESE HEDOR PESTILENTE

Frank
Martin



TERROR &



FRANK MARTIN 1976

Derechos reservados por :
EDITORIAL ANDINA, S. A.
Polígono Industrial de Pinto
PINTO (Madrid)

Director responsable:
Gregorio Ovejero

Publicación semanal
Aparece los viernes

I. S. B. N. 84-06-00576-9

Depósito legal: M. 42.225 - 1976

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32

Fuénlabrada (MADRID)

TERRO

ESE HEDOR
PESTILENTE

Frank
Martin

e

EDITORIAL
ANDINA, S.A.

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPÍTULO 1

E

El hombre que manejaba el volante dijo:

—Estamos llegando, Hayworth. El castillo está al otro lado de ese promontorio, sobre el mar.

Su compañero se limitó a gruñir, arrebujiándose en el abrigo que le envolvía casi hasta las orejas.

El conductor añadió:

—Ya verás... Es el lugar ideal para nuestro negocio.

—Por lo menos, parece aislado... El último poblacho que pasamos debe quedar a más de quince kilómetros, y es apenas una pocilga. Esas gentes no vendrán a meter las narices donde no deben.

Tenía una voz profunda, ronca.

Espesas nubes de color plomizo surcaban el cielo impelidas por el frío viento otoñal, un viento que soplaba a ráfagas arremolinando las hojas muertas que sembraban la campiña y que se alzaban, girando, en una danza lúgubre sin principio ni fin.

A la izquierda de la carretera apisonada, el mar, sacudido por una profunda galerna, resonaba con sordos estampidos contra el acantilado en salvajes embestidas que trenzaban inacabables mantos de espuma.

El «Austin» que traqueteaba en la maltrecha carretera dejaba atrás una espesa polvareda, y a cada salto que daba en los profundos baches, soltaba un concierto de crujidos.

El coche había remontado el promontorio y ahora tenían a la vista un roquedal impresionante, casi cortado a pico sobre el mar. Como si fueran una prolongación de la sombría roca, se alzaban los oscuros muros de un castillo medieval, coronado por los sólidos torreones erizados de almenas.

Árboles escuálidos se agarraban a las grietas del roquedal, sosteniéndose milagrosamente y resistiendo los embates del viento.

—¿Qué te parece?

—Siniestro.

El conductor soltó una carcajada.

—Ni más ni menos, Hayworth, esa es la palabra: siniestro. Lo que nos convenía, ¿no crees? No hay ni un lugareño que se atreva a acercarse a

menos de un kilómetro de esos torreones.

—¿Por qué?

El conductor giró el volante para tomar una endiablada curva del camino que se encaramaba ahora a espaldas del castillo, bordeando el roquedal.

—Parece que existe una leyenda o algo así. Temen a los aparecidos.

Hayworth le miró de soslayo para asegurarse de que no se burlaba de él. Luego, gruñó y volvió a subir el cuello del abrigo.

Rezongó:

—Estaría bueno que hubieras alquilado un castillo con fantasma incluido, Duncan. Tendríamos un buen anfitrión.

—No sé si se trata de fantasmas o qué. No me detuve a preguntarlo.

—¿Te hablaron de eso cuando lo alquilaste?

—No digas tonterías. ¿Tú crees que el dueño se atrevería siquiera a mencionar esas estúpidas supersticiones? Tenía miedo de que me asustase y no le alquilara la propiedad.

—Ya es sorprendente que te alquilaran este lugar. Por lo menos historia sí debe tener, y a los ingleses les gusta conservar las reliquias históricas...

—Creo que lo restauraron hace algún tiempo con la idea de convertirlo en parador de verano, pero luego el proyecto no prosperó.

El coche petardeó al enfilar una empinada cuesta. Duncan redujo las marchas y emprendió el último tramo.

Unos minutos después, el polvoriento «Austin» desembocó en una plazoleta circular que se extendía frente al enorme portalón de entrada a la fortaleza.

Los dos hombres se apearon.

Hayworth tendió la mirada, impresionado a su pesar, porque era la primera vez en su vida que contemplaba un panorama tan majestuoso, con el sombrío mar al fondo, rugiendo bajo la galerna, y las nubes oscuras que parecían a punto de cefirse en torno a los altos torreones de piedra.

Y los muros, contruidos con unos bloques oscuros y enormes, todo ello bajo las luces otoñales de un atardecer en el que gemía el viento como una queja lúgubre y profunda.

—¿Sabes si por lo menos hay calefacción en esa tumba, Duncan?

—Ya te dije que lo habían equipado como parador, aunque no llegaron a inaugurarlo, ignoro por qué razón. Me dijeron que el castillo dispone de agua caliente. Por lo tanto, supongo que también tendrá calefacción.

El crepúsculo oscurecía los torreones y las murallas. Las ventanas ojivales parecían negros ojos en los grisáceos muros.

Cuando Hayworth levantó la cabeza, gruñó:

—Murciélagos... Se me ocurre que solo esos bichos deben ser capaces de vivir ahí...

Duncan soltó una carcajada.

De pronto, Hayworth chilló:

—¡Maldita sea! ¡Mira eso, Duncan!

Este se volvió, siguiendo la dirección que su compañero indicaba con su dedo rígido.

En uno de los pétreos ventanales de la planta baja brillaba ahora una luz amarillenta y oscilante.

—¡Ahí hay alguien, Duncan! Y no creo que sea el fantasma...

Con un gesto brusco sacó una pesada pistola «Lüger» de entre sus ropas y corrió agazapado hacia la puerta.

Duncan no se dio prisa. Subió los peldaños de piedra maciza y levantando la enorme aldaba la dejó caer sobre la madera claveteada.

El golpe resonó en el silencio como un cañonazo.

Hayworth exclamó:

—¡Imbécil! Con eso has delatado nuestra presencia...

—¿Crees que no ha oído el coche, sea quien sea el que esté ahí?

Hayworth apretó los labios y tensó el dedo en el gatillo.

El enorme portalón se movió de pronto. Por la rendija surgió una cuchillada de luz y después un hombre.

Un hombre alto, corpulento, pétreo, de rostro igual que los muros del castillo.

A juzgar por su aspecto, no tenía nada de fantasmagórico. Era sólido y macizo. Su presencia hizo que Hayworth diera un salto, estupefacto.

Exclamó:

—¡Sherman! ¡Condenación! ¿Qué clase de broma es esta, Duncan?

Este estaba riéndose entre dientes y ahora soltó la carcajada.

—Mi pequeña sorpresa de bienvenida. No te alteres. Pensé que si había un fantasma en esa choza nadie mejor que Sherman para entendérselas con él. ¿Viste alguno, compañero?

Sherman meneó la cabeza.

—Hasta ahora, no. Pero puedo jurar que ahí dentro hay un millón de rincones donde podría esconderse uno de esos fulanos vestidos con una sábana... Y no hay calefacción, muchacho, solo estufas a gas. Pero en compensación, tenemos chimeneas en casi todas las habitaciones, y una monumental en el salón, y una buena reserva de leña que...

—*Okay*. ¿Trajiste la lancha?

—Claro. Está amarrada abajo, en la pequeña caleta que se hunde dentro del roquedal. Un lugar abrigado y discreto, patrón.

—Lo vi cuando estuve aquí la primera vez.

Entraron en el inmenso vestíbulo. Las paredes de piedra eran tan sombrías como las del exterior, pero por lo menos conservaban algunos tapices, viejas armas de guerra medievales, y al pie de las pétreas

escalinatas se erguían dos armaduras impresionantes. Una sostenía un espadón de dos filos y proporciones gigantescas, y la otra una pesada alabarda mohosa, pero tan mortífera como en los tiempos en que fue construida.

En las paredes brillaban amarillentas luces eléctricas disimuladas en viejos velones de hierro forjado.

Hayworth rezongó:

—¿Qué pasa con la luz? ¿No hay bombillas más potentes?

—Eso es debido al voltaje. ¿Dónde crees que estás, muchacho? ¿En New York?

—Esa maldita luz deja sombras en todos los rincones.

—¿Y qué? No me digas que temes a los aparecidos... Si es así, te diré que yo llevo dos días aquí y no he visto ninguno.

Atravesaron la colosal estancia y Sherman abrió una puerta de roble claveteada. Entraron en una sala casi tan grande como el vestíbulo. En una enorme chimenea ardía un alegre fuego de troncos que esparcía un agradable calorillo alrededor.

Hayworth se apresuró a acercarse a él las manos, despojándose del abrigo.

—Esto reanima. ¿Cuándo empezaremos, Duncan?

—Calma. Primero debemos instalarnos. Mañana al amanecer Sherman se irá con la lancha, para regresar dos días después con los últimos informes definitivos. Si todo va bien, la próxima semana tendremos aquí la primera remesa.

Sherman dijo:

—He preparado algo de comer. La cocina no es lo que se dice un portento, pero sirve.

Se fue dejándoles solos junto al fuego.

La noche cayó aprisa.

Les llegaba el bramido del mar y el ulular del viento, pero el interior de la fortaleza estaba tan silencioso como un sepulcro.

Sherman preparó la mesa junto al fuego y se encargó también de servir la cena, que consistió en conservas condimentadas por él, vino rojo como la sangre y pan un tanto seco.

—Traje una caja de botellas de «whisky» en la motora. Hay una botella en aquella alacena del rincón. Las demás están en el armario de la cocina.

—Te has portado bien, Sherman.

—Hice todo lo que pediste, patrón. Pero gasté todo el dinero entre las provisiones y una cosa y otra.

—Te daré más antes de irte. ¿Preparaste también los dormitorios?

—Sí. Hay un pasillo al otro lado del vestíbulo en el que se abren cinco habitaciones, más dos cuartos de baño. Esos cuartos de baño desentonan en

un lugar como este... pero son estupendos.

Hayworth se enderezó de pronto como un perro de muestra.

—¿Qué fue eso?

—¿Qué?

Sherman dijo:

—Yo no he oído nada.

—Escuchad...

Tendieron el oído, pero el silencio de tumba seguía siendo tan espeso como un manto.

—Oí algo como un crujido...

Duncan rio.

—El fantasma.

—Pareció como si resonara abajo... ¿Hay sótanos aquí, Sherman?

—¡Menudos sótanos! Un laberinto de pasillos, salas, mazmorras. Incluso queda una sala de tortura medieval que deben haber conservado como atracción turística.

—Pues el crujido ha resonado bajo nuestros pies.

—Tonterías. El ruido del mar, eso es todo.

Hayworth esbozó un gesto de duda, pero calló, aunque siguió con el oído atento.

Sin embargo, el crujido no se repitió.

Fue realmente una noche tranquila la primera que pasaron en la siniestra fortaleza.

No obstante, y sin que ellos pudieran sospecharlo, el infierno había empezado a agitarse...

CAPÍTULO 2

L

OS sótanos rezumaban humedad. Las paredes de grandes bloques de piedra estaban cubiertas de un viscoso verdín que en algunos lugares del suelo crecía también convirtiéndolo en una pista resbaladiza y peligrosa.

Con la oscuridad absoluta, nadie hubiera podido orientarse en aquel laberinto de pasillos, mazmorras y antros sombríos que en una época remota albergaron todos los horrores del infierno.

Solo en lo que fuera sala de tortura, repleta de siniestros artefactos delatores de una increíble crueldad, un ventanuco enrejado que se abría a ras del techo dejaba entrar un pálido resplandor de luz de luna.

El resplandor mostraba los contornos de los aparatos de tortura, las rejas de unas mazmorras labradas en la roca viva y la pétrea solidez de los muros.

Fue en ese antro donde sonó un sordo crujido y luego otro.

Era un retumbar extraño...

Como si alguien estuviera escarbando al otro lado de la roca.

A intervalos cada vez más cortos incluso parecía que de ella brotara una voz ronca, un balbuceo bronco que acompañaba al incesante crujido de la piedra.

El resplandor de la luna giró con el transcurrir del tiempo. Incidió al fin sobre aquel rincón, en los aledaños de las mohosas rejas de las mazmorras. Una de las grandes rocas se estremeció y poco a poco se desplazó hacia afuera y finalmente cayó con sordo impacto.

La oscura abertura mostró una oquedad profunda, sombría como la muerte. De ella salió primero un hedor nauseabundo, la pestilencia de la putrefacción.

Después, dos puntitos rojos parecieron brillar en la negrura.

Dos pupilas diabólicas.

Fijas.

Que no parpadeaban.

Hubo un apagado gruñido y luego otro más débil pareció responderle.

Las pupilas llamearon como taladrando las tinieblas.

Siniestras.

Después de esto, reinó el silencio y el fulgor demoníaco de los puntitos rojos fue apagándose.

Paulatinamente.

Ya solo se escuchaba el leve jadeo, entrecortado y bronco, que sonaba en dos tonos igualmente siniestros, uno más débil que el otro...

Como si ambos procedieran de seres distintos.

Como un hombre y una mujer, por ejemplo...

* * *

Hayworth fue el primero en levantarse a la mañana siguiente.

Extrañas inquietudes le habían mantenido desvelado la mayor parte de la noche. Hayworth jamás había tenido preocupaciones. De lo contrario quizá hubiera achacado esas inquietudes a los remordimientos de conciencia, porque en buena lógica un asesino frío como él tenía tras de sí una estela de crímenes a cual más espeluznante.

Pero las sombras de los que había matado en el pasado jamás le habían mortificado.

No.

De modo que achacó esa indecible inquietud a una mala digestión.

Se vistió.

Tan pronto salió de la habitación que le habían asignado, se detuvo en seco, venteando el aire como un perro de muestra.

¿A qué demonios olía la atmósfera del pasillo?

Soltó un gruñido de disgusto y llamó a la puerta de Sherman.

El rufián ladró algo y él entró.

Sherman se había incorporado en el lecho y le miraba parpadeando. Por la ventana entraba un rayo de sol pálido y frío.

Tartajeó:

—¿Qué hora es?

—Ya deberías haberte marchado. ¿A qué hueles, Sherman?

Este husmeó el aire.

—¡Vaya peste! Alguna rata muerta, seguro.

—En el pasillo es peor. No lo entiendo...

Debe haber ratas para formar un ejército ratonil. Alguna habrá muerto en una rendija de los muros. Deja que me vista y podré largarme.

Hayworth salió de la espaciosa habitación.

Fue a comprobar si su jefe dormía aún.

Duncan roncaba apaciblemente, de modo que se largó a la cocina y preparó café.

Después de engullir un gran tazón del caliente brebaje, salió fuera.

El acantilado se abría a corta distancia. El mar, todavía agitado, rompía

abajo en crestas de espuma y negras nubes se cernían en el horizonte, presagio de una nueva tormenta.

Para matar el tiempo, Hayworth se dedicó a recorrer el perímetro de la fortaleza, admirándose de su solidez, de lo asombroso de su apariencia y de lo inaccesible que debió ser en su época medieval.

Cuando regresó, Sherman se disponía a emprender la marcha y Duncan acababa los restos del café.

Sherman anunció:

—Dentro de dos días estaré de regreso. Si todo marcha bien, Rydell enviará el primer alijo tal como convinimos. ¿Alguno de vosotros quiere que le traiga algo?

Duncan denegó con un gesto.

Hayworth dijo:

—Podrías traerme alguna individua solo para entretener el tiempo en esta tumba...

Duncan rio entre dientes.

—Nada de mujeres. A mí me gustan más que a ti y renuncio a ellas a cambio de una fortuna, así que olvídalo.

Hayworth tenía una idea fija.

—¿Dormiste bien, Duncan?

—Por supuesto. De un tirón. ¿Por qué?

—No pude pegar ojo en toda la noche. Oí otra vez esos crujidos y un golpe... Me pregunto si estaremos realmente solos aquí.

—Claro que no.

—¿No?

—Naturalmente que no estamos solos aquí. ¿Es que te olvidas del fantasma?

—Duncan, estoy hablando en serio.

Los ojos de Duncan se fijaron en él preocupados.

—Muchacho, ¿de quién tienes miedo? ¿De los fantasmas? Si es así, tranquilízate. No hay ningún fantasma que resista un balazo disparado por una «Lüger».

—Pero...

—No hay fantasmas, muchacho.

—No estaba pensando en fantasmas, en espectros o en aparecidos... sino en un espía de Scotland Yard.

—¿Un espía?

—Tal vez les despertase sospechas el alquilar este lugar.

—Estoy seguro de que no. Hice una buena representación, te lo aseguro. No la hubiera mejorado ni Laurence Olivier. Además, en esta parte del mundo nadie ha oído hablar de nosotros. Vamos, vamos... ¿Qué es lo que realmente te preocupa?

—No lo sé... Y ahora me doy cuenta...

—¿De qué?

—De que la peste ha desaparecido también.

Duncan arqueó las cejas.

—¿La peste?

—Sí.

—¿Qué peste? ¿A qué te refieres?

—Sherman también la notó... Un hedor como de un cuerpo en descomposición. ¿Verdad, Sherman?

Este asintió.

—Sí. Pensé que debía tratarse de una rata muerta, oculta en alguna grieta de los muros. Pero ahora no se percibe nada.

—Tonterías. Lárgate ya, y cuidado con llamar la atención de las lanchas patrulleras. Compórtate como un turista dedicado al placer de navegar sin prisas. Recuerda que ante las autoridades todo está en orden, incluso nuestras documentaciones falsificadas.

Sherman asintió, riéndose.

Se fue hacia las escaleras labradas en la roca viva, que descendían hasta el embarcadero.

Duncan sintió un escalofrío.

Comentó:

—Lo único que tiene de malo este lugar es el frío.

Hayworth no replicó.

Estaba intrigado por el hedor que le había azotado tan pronto saliera de la habitación donde durmiera.

Un hedor pestilente.

Como de un cuerpo en descomposición.

Una rata.

Tal vez fuera una simple rata...

Pasó la mañana entre ramalazos de sol y otros en los que las nubes sombrías descendían amenazando con descargar un aguacero.

Después de comer, Hayworth se ocupó de clasificar las provisiones que Sherman había dejado de cualquier manera en la despensa. Luego, aburrido, volvió a salir al exterior de la fortaleza.

Sobre el horizonte se alzaban colosales tómulos de nubes oscuras y el viento había cesado. Sobre el castillo y el mar brillaba el sol, aunque apenas si calentaba en aquel otoño tan desapacible.

A Hayworth le hubiera gustado pasarlo en otro lugar más hospitalario y cálido.

En Mallorca, por ejemplo...

O en la Costa Azul. O en Miami. O en Capri. En cualquier lugar donde la gente civilizada y con dinero...

Duncan apareció de pronto por una poterna empotrada en el muro, desvaneciendo los agradables pensamientos de Hayworth. Este no pudo menos que dar un respingo ante su inesperada presencia.

—¿Qué diablos...?

—Muchacho, tienes que cuidar esos nervios o acabarás mal.

—*Okay*. ¿Dónde estuviste?

—En los sótanos.

—¿Y qué demonios buscabas allí?

—Nada. Pero es algo verdaderamente interesante. Esas gentes de la Edad Media tenían sentido del humor.

—Lo dudo, a juzgar por cómo vivían.

—Deberías echar un vistazo a los aparatos de ahí abajo. En mi vida vi tantas maneras ingeniosas de descuartizar a un tipo.

—He leído algo de eso...

—¿Leer? No me digas que tú...

—Cuando estuve en Sing-Sing no tenía otra cosa que hacer que leer. Me aburría, pero no había nada mejor.

Duncan prosiguió:

—Y las mazmorras... ¡Qué espectáculo! Los tipos encadenados a la pared con argollas de hierro. Imagino que los dejarían allí hasta que murieran de hambre y sed. Además, el fulano que estuviera encadenado no podía moverse ni arriba ni abajo ni a los lados. Apenas cabe un hombre de estatura normal en esos agujeros enrejados.

—¿Y cómo diste con esa salida?

—Encontré un pasadizo estrecho y húmedo y lo seguí. Lo curioso es que la puerta tiene una llave y la cerradura funciona perfectamente, como si estuviera recién engrasada...

Hayworth frunció el ceño.

—No me gusta...

—¿Qué es lo que no te gusta?

—Del mismo modo que tú has podido salir por ahí, alguien podría entrar si se lo propusiera. No me gusta, Duncan.

—¿Quién demonios crees que puede venir a meter las narices en un lugar como este?

Hayworth se encogió de hombros.

—Cualquiera que sintiera interés en lo que estamos haciendo. Además, están los ruidos que escuché anoche...

—Vaya. Otra vez...

—Era como si alguien hubiera entrado y estuviera escarbando abajo. ¡Maldita sea, Duncan, no te rías!

—¿Cómo no quieres que me ría?

—Te digo que lo oí.

—¿No se te ha ocurrido pensar que en un lugar como este deben vivir auténticas colonias de ratas?

—¿Y de qué se alimentan?

—Pues... no lo sé.

—Hasta que vinimos nosotros, esos malditos bichos no encontrarían ni un mendrugo para comer.

—Quizá se coman unas a otras y al mismo tiempo se reproduzcan con rapidez.

—No.

—Entonces... ¿qué crees que fueron esos ruidos?

—Me gustaría saberlo. Quizá algún curioso.

Duncan meneó la cabeza y desistió de seguir discutiendo. Sabía que cuando en la cabezota de su compinche se metía una idea, no había nada ni nadie capaz de sacársela, se tratara de una manía o de la obsesión de matar a alguien.

No.

Era mejor dejarle.

Con su espía. Con su fantasma. Con su peste nauseabunda que inundaba los pasillos del castillo.

Hayworth acabaría mal de los nervios.

Sí.

Tendió su mirada sobre el mar, que al fin se había calmado. El oleaje llegaba ahora manso al pie del acantilado. Algunas barcas de vela se mecían a lo lejos y una motora evolucionaba más al sur, dejando una blanca estela que parecía jugar con el sombrío gris del agua.

Encendió un cigarrillo y dijo:

—Vamos a pasar una temporada estupenda aquí. El tiempo de reunir una fortuna y largarnos. ¿A quién se le podría ocurrir que en este lugar va a reunirse una tonelada de narcóticos?

Hayworth no replicó.

Estaba ceñudo.

Cuando Hayworth mostraba ese ceño y esa mirada vidriosa en sus ojos de pescado muerto, era mejor dejarle que digiriera por sí solo el veneno que se agitaba en su mente pervertida.

Duncan lo sabía y, en consecuencia, encogiéndose de hombros, se apartó para hacer a su vez el recorrido del perímetro del castillo.

En su parte norte, las dos torres vigías se alzaban sobre un despeñadero hondo y oscuro en cuyo fondo un mar de zarzas ocultaban la tierra.

Al levantar la mirada, Duncan no pudo evitar un escalofrío.

Sobre el torreón del lado sur destacaba la siniestra silueta de una vieja horca de madera. Maldijo al lord que había restaurado el castillo por haber llevado las cosas hasta ese extremo de realismo. A los huéspedes

veraniegos maldito el gusto que les daría contemplar aquella descarnada silueta allá arriba, como esperando a que cualquiera se desmandara para recibirlo al extremo de una sogá.

Encendió otro cigarrillo, sentado en un promontorio rocoso, y dejó pasar el tiempo sumido en sus meditaciones.

Con un poco de suerte, en pocos meses habrían reunido una respetable cantidad de dinero, producto de los cargamentos de narcóticos, especialmente heroína. Ciertó que aquella importante mercancía no les pertenecía, sino que sus dueños eran los todopoderosos capitostes de la Mafia norteamericana, pero ellos se llevarían una sustanciosa comisión por hacer el trabajo que estaban llevando a cabo.

Una vez todo terminado, cogería su parte y enviaría al infierno aquel sombrío lugar estableciéndose como un respetable hombre de negocios en cualquier soleada playa de la Costa Azul.

Casi agotó su provisión de cigarrillos.

De pronto se dio cuenta de que el tiempo había cambiado y el frío se le metía en los huesos.

Se levantó, estremeciéndose.

El mar rugía allá abajo en una de esas súbitas tempestades que se desatan con imprevisto y salvaje ímpetu. Las nubes se habían extendido ahora y cubrían el cielo en todo lo que alcanzaba la vista.

Rodeó el ángulo de la fortaleza y vio a Hayworth encaramado sobre las rocas, encima del acantilado.

—¿Qué demonios haces ahí? Dentro de un instante la lluvia te empapará.

—Echa un vistazo, Duncan.

—¿A dónde?

—Mira.

Las barcas de pesca se batían en apresurada retirada, sacudidas por el viento y el oleaje. Incluso a los experimentados pescadores, la súbita tempestad les había sorprendido.

—¿Qué quieres que mire? Esos hombres son profesionales del mar. Saldrán adelante. No esperes que me preocupe por su suerte.

—¿Es que no lo ves? Ahí abajo... Mira.

Se inclinó, intrigado.

Vio una lancha motora danzando a impulsos de las olas.

Estaba muy cerca de los roquedales y navegaba al garete sin rumbo y con el motor parado.

Duncan gruñó:

—¡Maldita sea! ¡Son capaces de estrellarse contra nuestro embarcadero!

—¿Qué hacemos?

—¡Dejarles que se maten! Si hay un accidente y alguien lo advierte, tendremos a los guardacostas aquí en menos que canta un gallo. ¡Al infierno con ellos!

—¿Y si no se hunden y alguien advierte lo que pasa?

—¿Quién?

—No lo sé.

La lancha cabalgó en la cresta de una ola y desapareció de su vista al pie del muro rocoso. Esperaron por si oían el estallido del maderamen contra el acantilado, pero solo se escuchó el salvaje batir del oleaje.

Duncan rugió:

—¡El embarcadero! ¡Deben haber penetrado en él!

Echó a correr hacia los escalones que descendían hacia el abismo, seguido de Hayworth.

—¿Llevas la pistola?

—Sí. Nunca me separo de ella.

—Quizá la necesitamos para acabar lo que el mar empezó...

Prosiguieron el descenso apresuradamente. Los escalones estaban resbaladizos y entonces comenzaron a caer gruesas gotas de lluvia que los hicieron todavía más peligrosos.

Los dos hombres adoptaron algunas precauciones por temor a hundirse de cabeza en el vacío.

El embarcadero estaba formado por una oquedad natural excavada por el mar durante siglos y que se adentraba debajo de la pared vertical del acantilado.

Cuando ambos rufianes desembocaron en la cornisa que la bordeaba, vieron la motora sujeta por un hombre que había saltado a tierra, mientras una muchacha trataba de saltar corriendo el riesgo de hundirse en el burbujeante hervidero de agua oscura.

Hayworth gruñó:

—Déjamelos a mí... Después hundiremos la motora y asunto resuelto...

Tenía ya la «Lüger» en la mano, pero Duncan le detuvo de un zarpazo.

—¡Guarda la artillería, imbécil!

—¿Por qué?

—Fíjate en ella.

Hayworth aguzó la mirada.

La muchacha había saltado al fin y estaba ahora pegada a las rocas, chorreando agua, mientras su acompañante luchaba torpemente para sujetar la motora al amarradero.

Desde luego, era una muchacha como para tenerla en cuenta.

Muy en cuenta...

A pesar de estar empapada de la cabeza a los pies, las maravillosas formas de su cuerpo se mostraban con toda su vital juventud y armonía.

Sus cabellos, lacios ahora a causa del agua, le llegaban más abajo de los senos, menudos y erguidos, perfectamente delineados bajo la mojada ropa que se adhería a ellos como le hubiera gustado adherirse al propio Hayworth.

En su rostro destacaban los ojos grandes, profundos y oscuros. Tenía la nariz recta, aristocrática, sobre una boca de increíble trazo y que temblaba a causa del terror vivido. Pero temblorosa y todo, era la boca más excitante y sensual que los dos rufianes habían contemplado en su vida.

Sí.

Una muchacha como para tenerla en cuenta.

Desde luego.

Duncan calculó que no tendría más allá de los veinte años, pero sin duda eran los veinte años mejor distribuidos y vitales que nunca hubiera soñado.

En cuanto al hombre, no tenía nada destacable. Era un individuo quizá con algunos años más que su compañera, pero de apariencia débil, con un cuerpo tembloroso, ojos miopes detrás de unos lentes de los que chorreaba agua.

Al fin parecieron advertir la presencia de los dos hombres.

El muchacho se quitó los lentes, tratando de secárselos. Balbució:

—Lo siento. Nos ha sorprendido la tormenta... ¿Viven ustedes aquí cerca? Si es así, les agradeceríamos que nos dejasen llamar por teléfono.

Duncan avanzó. Hizo esfuerzos para meterse en su papel de acaudalado turista un tanto excéntrico.

—Lamento no disponer de teléfono. Apenas acabamos de instalarnos arriba, en el castillo. Pero podemos proporcionarles cualquier otra cosa que precisen, empezando por un buen fuego en el que secarse.

Hayworth rechinó los dientes.

Rezongó en voz baja.

—¿Te has vuelto loco?

La muchacha dijo con una voz que el frío hacía temblar:

—Les estaremos muy agradecidos.

Duncan llegó a su lado. Al verla tan cerca creyó incluso percibir el sensual aroma de su cuerpo lleno de vida.

Metido en la representación de su papel, sonrió y ayudó a amarrar la motora. Luego, incorporándose, señaló los escalones.

—Suban. Necesitan calor y un buen trago de «whisky»... A propósito, mi nombre es Nicholas Duncan, y mi amigo se llama Harry Hayworth. Americanos, ¿comprenden? Pensamos que era una buena idea descansar una temporada en un lugar como este.

El hombre se caló las gafas.

—Yo soy Mike Hackman, y ella se llama Katharine Logan. Temo que

nos hemos metido en un lío al desembarcar en esta costa... Salimos de la isla de Man y nos sorprendió el temporal.

Echaron a andar hacia las escaleras. Hayworth no despegó los labios. Sorprendió la encendida mirada de su jefe fija en las suaves y armoniosas curvas de la muchacha y comprendió, lo cual no sirvió para tranquilizarle, precisamente.

No.

Aquello no le gustaba.

Duncan subía los escalones detrás de la muchacha. Su mirada turbia de rufián no podía apartarse del cadencioso caminar de la muchacha.

Carraspeó antes de preguntar:

—¿Qué estaban haciendo ustedes en esa isla?

—Hemos pasado allí unos días en compañía de unos familiares... Tienen un pequeño hotel y alquilan motoras. A estas horas deben estar muy preocupados.

Una vez arriba, ambos se quedaron boquiabiertos ante la sombría magnitud de la fortaleza. Duncan casi hubo de empujarlos para entrar en aquella mole de piedra cuyas almenas parecían clavarse en las oscuras nubes que ahora desprendían un espeso aguacero helado.

—Nos instalaremos en el salón, Hayworth. Enciende un buen fuego mientras yo preparo unas copas para nuestros jóvenes amigos.

Duncan era un individuo alto y de cuerpo recio. En sus buenos tiempos había obtenido incalculables éxitos entre las mujeres y desde entonces se había negado sistemáticamente a admitir que los años habían pasado también para él. De modo que en esos momentos estaba seguro de que con un poco de arte y de tiempo conseguiría impresionar a la bellísima muchacha.

Hayworth consiguió pronto que las llamas se alzaran en el hogar de la chimenea.

Duncan acudió con unos vasos mediados de «whisky» y cigarrillos y dejaron que los dos jóvenes se aproximaran al fuego para secarse lo mejor posible.

CAPÍTULO 3

A

La fin la tempestad había descargado con toda su salvaje secuela de relámpagos, estallido de los truenos y un aguacero espeso que formaba una cortina líquida impenetrable y sombría.

Junto a la chimenea, Duncan echó una mirada a la puerta y luego comentó:

—No la perderé, Hayworth. Esta mujer se quedará aquí hasta que nos marchemos.

—Estás loco, maldita sea. ¿Vas a arriesgarlo todo por unas malditas faldas?

—No levantes la voz, idiota. Volverán en un minuto.

—Tienes más mujeres de las que podrás abarcar en toda tu vida con solo chascar los dedos y mostrar un puñado de billetes. ¿Por qué tentar la suerte con esta?

—Porque no existe otra como ella. ¿Es que no lo ves?

—Tengo ojos en la cara. Pero también tengo algo en la sesera. ¿Has pensado en el tipo?

—Eso no me preocupa. Podemos arrojarlo al mar cuando queramos.

El sarcasmo de Hayworth sonó de modo muy desagradable.

—¡Estupendo! Y cuando hayas asesinado a su acompañante ella se echará en tus brazos solo por agradecimiento.

Luego añadió:

—Mátalo y ella te escupirá en la cara y ya me dirás qué habrás ganado con eso.

—Ya pensaré sobre ello cuando llegue el momento. Por ahora, ten cuidado de no despertar sus sospechas. Ya me ha costado suficiente convencerles de que no había otra solución para ellos que pasar la noche aquí.

—Si crees que en una noche conseguirás a esa mujer, es que eres más insensato de lo que imaginaba.

Duncan le dirigió una mala mirada. Comenzaba a cansarse de los continuos reproches de su socio.

Su voz se volvió fría y amenazadora.

—Ocúpate de la cena.

Hayworth rechinó los dientes y salió del salón.

El estallido de los truenos penetraba a través de los gruesos muros. Las luces oscilaban a cada estampido amenazando con extinguirse.

Duncan dio unos pasos de un lado a otro, impaciente. Junto a la ventana tendió la mirada más allá, sobre el pozo insondable de la noche negra como el infierno y en cuya negrura zigzagueaban los relámpagos sobre un mar invisible.

Cuando oyó abrirse la puerta se volvió.

Los dos jóvenes se habían acicalado todo lo posible, después de que les hubieron destinado sendas habitaciones.

Y con un ligero arreglo, la belleza subyugante de Katharine parecía haberse realizado hasta el infinito.

Duncan necesitó de todo su dominio para no delatar sus bajas apetencias.

Dijo risueño:

—Siéntense. Prepararé algo de beber mientras esperamos la cena... ¿«Whisky» para los dos?

Asintieron y la muchacha extendió sus deliciosas piernas hacia la lumbre.

Un trueno hizo tintinear los cristales de las ventanas y ella se estremeció.

Nunca había soportado una tempestad semejante.

Su voz musical era increíblemente suave.

Duncan sonrió.

—Le confieso que yo tampoco. Pero en cierto modo no deja de tener algo de cautivador, ¿no le parece? Una tempestad en toda regla contemplada desde esta fortaleza. No tendremos muchas otras oportunidades de gozar de semejante espectáculo.

Les ofreció los vasos y ambos se lo agradecieron.

Estaban bebiendo cuando bajo sus plantas se escuchó un sordo crujido.

Duncan tendió el oído.

El joven murmuró:

—¿Qué ha sido eso?

—No lo sé. El vendaval, supongo.

Ciertamente, el viento aullaba fuera con siniestras voces de tumba.

Resonante.

Batiéndose en retirada cuando embestía los pétreos muros invencibles.

Mike dijo de pronto:

—Hemos hablado mi prima y yo de lo agradable que es su hospitalidad, señor Duncan, pero de cualquier modo, mañana por la mañana debemos marcharnos. Es preciso hallar un teléfono y comunicar con nuestras casas.

Nuestros familiares deben estar desesperados a estas horas creyendo que la tempestad hundió nuestra motora.

—Pensaremos algo al respecto, no se preocupen. Es preciso tener en cuenta el mal tiempo, que hace imposible aventurarse por estos caminos conduciendo un automóvil. Estamos alejados de cualquier sitio habitado. En una palabra, mientras dure la tormenta e inmediatamente después, hemos de considerarnos aislados del resto del mundo.

—Eso suena estremecedor.

Duncan miró significativamente a Katharine.

—Según como se mire.

Mike arqueó las cejas.

—De cualquier modo...

—De cualquier modo, será mejor no correr riesgos inútiles. Déjenlo todo en mis manos y les aseguro que no tendrán ninguna preocupación.

Katharine preguntó:

—¿Podremos hablar con nuestras familias?

—En cuanto podamos ir en el coche en busca de un teléfono. Sería una tontería tener un accidente que, en las actuales condiciones, sería mortal.

—Sí, claro...

Hayworth apareció en la puerta un instante. Con una seña llamó a Duncan y este se levantó.

—Disculpen...

Salió cerrando a sus espaldas.

Hayworth estaba excitado.

—¡He vuelto a oír esos crujidos, Duncan! Resuenan abajo... en los sótanos.

—Yo también oí algo extraño.

—¿Sí?

—Sí. Pero el viento arranca sonidos casi humanos al colarse por las aberturas y los pasadizos. ¿Qué te pasa? ¿Tienes miedo?

—Tú sabes que yo no le temo a nada ni a nadie mientras tenga mi «Lüger» a mano. Pero si hay un espía cerca quiero saberlo para mandarlo al infierno. Nos jugamos mucho dinero en esta partida y no voy a correr ningún riesgo innecesario.

—Tranquilo, muchacho. No hay espías aquí. No tenemos nada que temer.

—Me gustaría tener tu seguridad, pero estoy preocupado. Y tu maldito capricho por esa fulana acaba de ponerme enfermo.

—No es ninguna fulana, estúpido.

—Muy bien, es un ángel caído del cielo. Pero eso no cambia nada.

—¿Quieres ocuparte de la cena y dejar lo demás para mí?

Hayworth soltó una sarta de juramentos y se fue, hundiéndose en las

sombras del pasillo que conducía a la cocina.

Duncan encendió un cigarrillo para calmar su excitación.

El vestíbulo estaba sumido en la penumbra, pero incluso en ella brillaban con reflejos opacos las dos colosales armaduras que montaban guardia al pie de la escalinata.

Fieras.

Amenazadoras.

Los dos guerreros de otra época se le antojaron una garantía de seguridad para él.

Sí.

Una protección ante cualquier peligro.

Maldiciendo a Hayworth, regresó al salón.

Y con ello, a la subyugante proximidad de la muchacha.

De la bonita Katharine.

* * *

Los alaridos del viento resonaban contra el roquedal y su fuerza salvaje inclinaba los tenaces árboles que se aferraban casi con desesperación a las grietas.

El aguacero había cedido al fin, pero el mar retumbaba en las profundidades del abismo, azotando la base del acantilado.

Quedaba una lluvia menuda y helada que el ventarrón arremolinaba empujándola en todas direcciones.

De entre esa llovizna, en el camino fangoso, surgió la negra figura de un hombre.

Una silueta.

En la oscuridad.

No era más que eso en la oscuridad: una silueta, más negra, si cabe, que la propia noche.

Alto, enfundado en un impermeable oscuro y cubierto por un sombrero igualmente de tela impermeable, comenzó a ascender la cuesta con las manos hundidas en los bolsillos, indiferente a la fuerza desatada de los elementos.

Como si la tormenta no fuese con él.

No parecía tener prisa, no obstante se movía con una engañosa y sorprendente agilidad, como si bajo el impermeable hubiera un cuerpo sólido y ligero, magníficamente entrenado.

Cuando llegó a las inmediaciones de la fortaleza, se detuvo y levantó la mirada. Los torreones se alzaban perdiéndose en la oscuridad, pero a la luz de un relámpago distinguió la chispeante y fugaz visión de la tétrica horca. Soltó un gruñido y prosiguió su marcha.

Hasta llegar ante una oscura ventana protegida por una reja.

Recobró el aliento.

Pegado al muro de piedra.

Luego, cautelosamente, se deslizó en un lento recorrido de reconocimiento.

Descubrió la pequeña poterna empotrada en los bloques de piedra y tanteó con precaución. Estaba cerrada, por supuesto, y tras un breve examen se convenció de que era materialmente inviolable a menos de contar con un equipo del que carecía.

Más allá, a ras del suelo, había un pequeño ventanuco protegido por una reja.

Agazapándose trató de penetrar en aquellas tinieblas tan densas como el alma del Príncipe de las Tinieblas.

Era imposible ver nada allí dentro.

Nada.

Se disponía a incorporarse cuando le pareció que en medio de aquel mar de sombras flotaban dos puntos rojos.

Como dos pequeñas brasas incandescentes.

Fijas.

Siniestras.

Volvió a agacharse, pero aquello, fuese lo que fuese, ya no estaba allí.

Otro breve recorrido y llegó al ángulo en cuya fachada se abría la puerta principal de la fortaleza. Descubrió el «Austin» adosado a un lado de la explanada y vio también la ventana iluminada.

Al pie de esta se detuvo y adoptando todas las precauciones imaginables, atisbó al interior.

Vio una chimenea encendida y a un hombre y una mujer sentados frente a ella. La mujer era joven y de una cautivadora belleza. Arrugó el ceño, perplejo por aquella insospechada presencia en un lugar tan sombrío.

El hombre llevaba lentes y estaba hablando por encima de su hombro a alguien que estaba fuera del alcance del espía.

Este permaneció inmóvil hasta que el otro personaje entró en su radio de visión. Era Duncan, que sostenía un vaso en una mano y un cigarrillo en la otra.

El desconocido se apartó de la ventana y moviéndose ahora con más soltura, acabó de recorrer todo el perímetro de la fortaleza examinando cada ángulo, cada abertura y cada recoveco del terreno.

Después, pareció fundirse en las sombras negras de las que parecía haber brotado como por arte de magia.

A Hayworth le habría inquietado mucho más su proximidad que los extraños crujidos que hasta entonces le habían preocupado.

CAPÍTULO 4

D

UNCAN se hallaba solo ante la chimenea, arrellanado en una confortable butaca. Su rostro crispado reflejaba la tormenta que se gestaba en su mente.

Cuando Hayworth entró apenas si se dignó devolverle el saludo.

Este anunció:

—Esos dos están acostados. Pero ha sucedido algo curioso...

—¿Qué?

—La chica me ha preguntado qué castillo era este. Al parecer ha oído hablar a sus parientes de las fortalezas históricas de esta costa. Cuando le he dicho que era el castillo de Windermere casi se ha caído de espaldas. Por un momento pareció como si fuera a desmayarse. Luego, apresuradamente, se ha metido en la habitación, cerrando con llave la puerta. ¿Qué te parece? ¡Con llave! Esa chica te ha adivinado las intenciones.

—Cuando decida hacerla mía, no habrá ninguna cerradura capaz de impedírmelo. ¿Por qué se ha impresionado con el nombre del castillo?

—Maldito si puedo imaginar una sola razón.

—¿Qué te ha dicho su primo?

—Nada. Me parece que se ha sorprendido tanto como yo mismo de su actitud.

—¿También él se ha encerrado con llave?

—No.

Duncan abrió la boca para replicar, pero un estruendo metálico en el vestíbulo les hizo pegar un brinco y correr hacia la puerta. Cuando la abrió, Hayworth ya llevaba su pistola en la mano.

El enorme vestíbulo estaba desierto.

En penumbra.

Duncan encendió las luces.

—¿Qué te parece que fue eso, Hayworth?

—No tengo ni idea... pero ha resonado aquí, no cabe duda.

Avanzaron cautelosamente.

La pistola de Hayworth emitió un seco chasquido cuando el rufián descorrió el seguro.

De pronto se detuvieron perplejos.

La gran espada de doble filo de la armadura se había caído.

Estaba tirada sobre las losas del suelo y las manoplas de hierro del guerrero parecían extrañamente vacías sin la formidable arma.

Duncan rezongó perplejo:

—¿Cómo puede haberse desprendido la empuñadura de esos guanteletes?

—Alguien ha hecho que se soltara, estoy seguro.

—¿Quién, idiota?

—Tal vez esos dos no son lo que parecen...

—¿Te refieres a la chica y su primo?

—Ajá.

—Tonterías.

—¿Quién te dice que no están aquí en una misión especial? Los departamentos de narcóticos de la mayoría de países utilizan indistintamente hombres y mujeres... y cualquiera de ellos daría la cabeza por echarnos el guante.

Duncan levantó la pesada espada que apenas podía sostener entre sus manazas.

—Eres genial. Si fueran lo que tú imaginas, ¿crees que habrían sido tan insensatos para llegar aquí a riesgo de servir de comida a los peces?

Hayworth no contestó, contemplando fascinado cómo su socio volvía a colocar la empuñadura entre los guanteletes de hierro de la armadura.

Cuando consiguió fijar de nuevo la espada, Duncan hizo otro descubrimiento que le preocupó mucho más que el hecho de que esta hubiera caído tan ruidosamente.

—Mira esto, Hayworth.

Este se colocó a su lado.

En la cintura del guerrero, bajo la coraza, había una funda de puñal.

Solo una funda.

Vacía.

—¿Recuerdas si el puñal estaba aquí antes?

Hayworth respondió:

—No me fijé. ¿Quieres decir que alguien se ha apoderado del cuchillo?

—Espera...

Duncan encendió su elegante mechero de gas y acercó la llama al borde de la ranura. Pasó el dedo por el contorno y después por las cercanías del metálico brocal.

Hayworth indagó:

—¿Qué haces?

Duncan se incorporó tenso y preocupado.

—Aquí había un cuchillo.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Hay polvo en la funda, en el cinto, en toda la armadura.

Pero la boca de esa funda está limpia, porque la cruz del puñal la protegía del polvo.

Hayworth le miró ceñudo.

—Bueno, ahora quizá me des la razón. Esos dos no son lo que afirman ser. Él, o ella, se han hecho con un arma.

—No tiene sentido.

—Claro que tiene sentido.

—No, no lo tiene. Si fueran espías irían armados con algo más contundente que un herrumbroso cuchillo. Llevarían pistolas cuando menos.

Hayworth se encogió de hombros.

—Bueno, entonces explícame quién se ha tomado la molestia de quitarle un miserable puñal a este trasto.

—No lo sé.

—Esto no me gusta nada, Duncan.

—¿Crees que a mí sí?

—Desde que llegaron esos dos...

—¡Cállate de una vez!

—*Okay*.

—Vamos al salón, Hayworth.

Volvieron al salón sumidos en un hosco mutismo.

Ante la fogata, Duncan extendió las piernas y rezongó:

—Tráeme una pistola. Si alguien quiere jugar con nosotros al escondite, va a llevarse un buen susto.

—Así me gusta.

—Venga, date prisa.

Hayworth se fue.

Regresó poco después con un revólver «Colt» de grueso calibre que Duncan revisó atentamente y que luego guardó en su cinturón.

Los dos hombres cambiaron una mirada.

Tensa.

Preocupada.

Duncan comentó:

—Se me ocurre que quien haya sacado ese puñal de la armadura piensa utilizarla. Nadie se toma esa molestia solo por precaución.

—¿Y qué?

—Vamos a darle facilidades, Hayworth. Es la mejor manera de cazarlo.

—¿De qué modo?

—Vamos a permanecer aquí esta noche. Podemos dormir por turnos, de

modo que el que esté despierto pueda vigilar en todo momento, oculto en las sombras.

Hayworth se mostró muy excitado.

—Me parece bien. Si alguien aparece aquí armado de esa antigualla, le haré un par de agujeros y luego le preguntaremos sus razones para querer dibujarnos las iniciales en la barriga.

—Antes de disparar hay que asegurarse de quién es.

—¿Por qué?

—Si se trata de la chica, ni rozarla, ¿entendido?

El otro se encogió de hombros.

—Bueno, hombre, bueno... La dejaré que te rebane el pescuezo, si ese es tu gusto.

Duncan esbozó una mueca de lobo.

—Si es la chica, solo despiértame. O te despertaré si aparece cuando yo esté vigilando. Sería la oportunidad de tenerla, de que fuera mía sin que pudiera oponer resistencia.

—¿Y su compinche?

—Tú te encargarías de él en ese caso. En una condenada noche como está, el mar lo haría pedazos antes de que saliera a cualquier playa desierta.

Hayworth sonrió.

—Ahora empiezas a razonar con sentido común... ¿Quién dormirá en el primer turno?

Duncan decidió ceñudo:

—Duerme tú. Yo estoy desvelado a estas horas. No puedo quitarme de la cabeza a esta mujer... Voy a volverme loco...

—Debes estar algo loco de todos modos.

—¿Por qué dices eso?

—Perder la cabeza de ese modo por unas faldas... y en medio del mayor negocio de nuestra vida.

—Eso es cuenta mía.

—Desgraciadamente, no. Es cuenta tuya y de todos. Estamos todos embarcados en el mismo negocio.

—Bueno, me da igual. No quiero discutir.

—*Okay.*

Hayworth tomó asiento en la butaca, frente al fuego, mientras Duncan, sin replicar, se llevó una silla al rincón más alejado y oscuro, protegido además por los pesados cortinones.

Permanecieron sumidos en sus pensamientos.

Vigilantes.

Silenciosos.

Duncan tenía la pistola al alcance de la mano y dispuesto a cazar al intruso que había andado enredando con la armadura.

Casi deseó que se tratara de la muchacha, porque en ese caso todas las barreras que aún se interponían entre sus obscenos deseos y ella se vendrían abajo.

Como un castillo de naipes.

Así, de golpe.

Cazada en un intento de asesinato, ella se sometería a todos sus caprichos con tal de salvar el pellejo.

Sí.

Aunque había que reconocer que se trataba de un pellejo asombrosamente bello, de una perfección increíble.

Un ángel caído del cielo.

Katharine...

En sus sueños casi podía sentirla palpitar entre sus manos, cálida, ardiente a sus caricias, entregándose y besándole, mordiéndole en un delirante éxtasis...

Hayworth rugió:

—¡Duncan!

Este dio un brinco.

—¿Qué te pasa?

—Te he llamado tres veces. ¡Vaya manera de vigilar!

—Estaba pensando. Eso es todo.

—¿En esa chica?

—En lo que me da la gana.

—Procura no cerrar los ojos. Sería una sucia faena que me rebanaran el pescuezo justamente aquí.

—Tranquilo, muchacho. Nadie se acercará a ti.

Hayworth rezongó algo entre dientes y cerró los ojos.

Duncan siguió alimentando su perverso deseo, amparado por la oscuridad y oyendo el ulular del viento, el bramido del mar...

Y el silencio de tumba del interior del castillo.

El siniestro castillo de Windermere, sobre el que pesaba una leyenda.

Una leyenda que había hecho estremecerse a Katharine.

Algo siniestro, sí.

Siniestro y aterrador.

CAPÍTULO 5

H

AYWORTH se moría de ganas de fumar. El reloj fosforescente de su muñeca señalaba las doce y cuarto y llevaba más de media hora inmóvil en el rincón, después de haber relevado a su socio sin apenas haber conciliado el sueño.

El fuego continuaba chisporroteando, alegre, en la chimenea.

Sin embargo, allí y en aquella noche de infierno, un fluido maléfico parecía flotar hasta en el aire, en el pesado silencio interior. El silencioso, húmedo y pegajoso interior de un sepulcro.

Hayworth maldijo para sus adentros aquellos pensamientos que le agitaban sin quererlo.

Desde su bien elegido observatorio, envuelto en penumbra, podía vigilar a un tiempo la puerta, la butaca donde dormía Duncan, por encima de cuyo respaldo sobresalía la cabeza, y el ventanal contra el que había estado estrellándose la lluvia hasta poco antes.

Nada ni nadie podría penetrar en el salón sin ser descubierto por él. Y la «Lüger» amartillada y sin seguro estaba pronta a dejar oír su ronca voz.

Cambió de postura en el asiento y de refilón dio un vistazo a la ventana.

Casi dio un brinco al descubrir la furtiva sombra que acababa de desaparecer más allá de los empañados cristales.

Con los nervios tensos como cables, se deslizó pegado a la pared, con la pistola empuñada.

Allá, en las tinieblas, todo estaba quieto...

A excepción del viento y el mar.

Si alguien se había movido ante el ventanal, ya se había esfumado...

Repentinamente, el hedor asaltó su olfato.

Una vez más sintió que sus entrenados nervios pegaban un tirón ante lo desconocido, ante el misterio de esa peste a podredumbre.

A cadavérica, quizá...

Clavado a un lado de la ventana, con la mirada hundida en las tinieblas que imperaban fuera, olfateó.

Y esta vez el hedor fue tan insoportable que casi le provocó náuseas.

Sí.

Se volvió.

Desconcertado.

Sintió que se le erizaba el cabello al ver la puerta abierta.

¿Abierta?

Antes había permanecido perfectamente cerrada, de eso sí estaba seguro.

Y ahora estaba abierta y ningún sonido había delatado el movimiento de la pesada hoja de madera.

Ningún sonido.

No.

Levantó la pistola, tenso y alerta. La movió lentamente, al mismo compás de su mirada, buscando al intruso.

No había nadie.

Duncan continuaba roncando suavemente en el butacón.

A pesar de que la amplia estancia estaba iluminada tan solo por el resplandor de las llamas, la rojiza claridad hubiera delatado a cualquier asaltante que estuviera en el salón.

Hayworth empezaba a dudar incluso de sus sentidos cuando un nuevo espanto lo sobresaltó.

Y esta vez era algo real, aunque tan increíble como una pesadilla de alcohólico.

Sobre la cabeza de Duncan, como suspendido en el aire, había un mohoso puñal de larga y afilada hoja. Un puñal de curiosa empuñadura adornada con piedras preciosas.

Mientras estaba mirándolo igual que hipnotizado, el puñal se elevó un poco, como empuñado por una mano que se dispusiera a descargar un golpe por detrás contra el pecho del hombre dormido.

Un golpe certero.

Contundente.

Con un tremendo esfuerzo, Hayworth rugió:

—¡Cuidado!

Y apretó el gatillo.

Sonó el bronco estampido de la «Lüger» y la bala se llevó por delante aquel puñal asesino, al tiempo que Duncan se levantaba de un salto con su pistola lista para disparar.

—¿Qué pasa, Hayworth?

La puerta se cerró de un golpe sordo.

El sonido metálico del puñal al rebotar contra las baldosas de piedra se mezcló con el ruido de la puerta y después todo volvió a ser tan silencioso como una tumba.

Los dos hombres quedaron mirándose por espacio de un minuto.

Perplejos.

Con las armas empuñadas.

Al fin, Hayworth balbuceó:

—Estaba ahí... sobre ti...

—¿Qué? ¿Quién?

—El puñal.

—¿El puñal?

—Sí.

Duncan se volvió hacia la pared. En el suelo, la vieja arma mostraba el impacto de la bala blindada en la hoja, cerca de la cruz.

—¿Esa cosa? ¿Quién la empuñaba, Hayworth?

—Nadie.

—¿Te has vuelto loco? ¿Qué demonios quieres decir con eso?

—No había nadie.

—Pero...

—¡Juro que no vi a nadie! Solo un puñal... y la puerta... ¡Condenación, Duncan, alguien pretende reírse de nosotros!

—Cálmate. No logro comprender una sola palabra de lo que dices.

Inclinándose, tomó el cuchillo.

Por primera vez pareció advertir el hedor del aire.

—¿De dónde sale esa peste, Hayworth?

Este se encogió de hombros.

Duncan casi olvidó el torcido cuchillo que ahora sostenía en su mano izquierda. Venteó el aire, perplejo.

—Huele a muerto.

—Sí.

—A cuerpo en descomposición.

—Eso pensé yo también.

—Es increíble.

—Ajá.

Examinó el cuchillo. Era un puñal antiquísimo, pero con una punta afilada y limpia. El acero era de buena calidad y el paso de los siglos lo había respetado.

—Apuesto a que es el de la armadura. Pero si ahora está aquí, no cabe duda de que alguien lo ha traído.

Hayworth soltó un quejido.

—¡Estoy tratando de decírtelo, Duncan! El cuchillo vino solo... Estaba sobre ti dispuesto a apuñalarte... ¿Es que no lo entiendes?

—¿Cómo voy a entender una insensatez semejante?

—Además, la puerta se cerró sola... y antes se había abierto sin que yo me diera cuenta.

—¡Maldita sea! Te habías dormido.

—No.

—¿Te habías dormido!

—Te digo que estaba despierto. Precisamente había ido a la ventana porque me pareció ver una sombra que se movía al otro lado.

—Bajo la tormenta, ¿eh?

—Sí.

—¿Quién diablos crees que andaría fuera en una noche como esta?

Hayworth sintió tentaciones de atizarle a su socio.

—Créelo o no, pero el cuchillo se cernía sobre ti... él solo.

—Ya.

—Disparé contra él, porque era lo único que veía. Y ha sido justamente cuando se ha abierto la puerta cuando ha penetrado esa peste a cadáveres o lo que quiera que sea.

Duncan estaba ya bastante preocupado como para aceptar semejantes explicaciones.

Repentinamente, Hayworth exclamó:

—¡Un momento! ¿Cómo no han oído el disparo esos dos? Duncan farfulló un juramento. Blandió su pistola y gruñó:

—¡Vamos!

Se lanzaron afuera, subiendo las escaleras a saltos hasta el pasillo donde estaban los dormitorios habilitados.

El pasillo, arriba, estaba a oscuras.

En completas tinieblas.

Sin embargo, por un fugaz instante, ambos hombres creyeron distinguir una vaga forma blanca desvaneciéndose al fondo, como un jirón de niebla evaporándose en el aire.

—¡Enciende la luz, pronto!

Hayworth lo hizo, pero cuando la bombilla de poca potencia brilló descubrieron que el pasillo estaba desierto.

Duncan se deslizó hacia una puerta.

—¡Maldita sea! Acabaremos viendo fantasmas.

Hayworth la abrió con cuidado y encendió la luz.

Mike dormía apaciblemente arrebujado entre las sábanas.

Su respiración era pesada, profunda.

—¿Crees que finge?

—El estampido de la pistola debe haber retumbado en todo el castillo.

Voy a...

En dos saltos estuvo junto a la cama. Acercó al cañón de la pistola a la frente del joven.

—Dormido o no, voy a volarte los sesos, tipo listo.

La respiración del durmiente no se alteró.

Rozó la piel del muchacho con el largo cañón de la «Lüger» y añadió:

—Buen viaje al infierno.

No ocurrió nada. El joven siguió dormido y su respiración calmosa no sufrió la menor alteración.

Duncan rezongó:

—*Okay*, no cabe duda de que duerme. Nadie podría permanecer tan impasible con una pistola apuntándole entre los ojos.

Hayworth asintió.

Salieron, asombrados de todo lo que estaba sucediendo.

Hayworth hurgó con una ganzúa en la cerradura del dormitorio de Katharine.

—Ya está.

En la habitación de la joven oyeron primero la respiración. Después, Duncan encendió la luz y contuvo el aliento.

Katharine dormía y la suave respiración alzaba y bajaba sus senos a intervalos acompasados.

Las ropas de la cama dejaban al descubierto sus hombros marfileños y dibujaban fascinadores las líneas pletóricas de su cuerpo.

Un ángel caído del cielo.

Apetitosa.

Duncan no podía apartar la mirada de ella.

Hayworth estrujaba su cerebro intentando hallar una explicación a tanto misterio.

—Vamos a echar un vistazo a las otras habitaciones. Quizá alguien se ha escondido en una de ellas.

—Espera.

—¿Qué demonios quieres esperar? Están dormidos sin la menor duda. Aunque parece increíble, esta pareja no ha oído nada.

—Si finge...

—No lo creo.

Duncan alargó la mano y tiró de las ropas.

El cuerpo apareció casi desnudo por completo, en una actitud de relajación.

Duncan sintió vértigo con solo verlo, porque aquel era el cuerpo de mujer más maravilloso que viera en todos los días de su vida.

Nunca imaginó que pudiera existir tanta perfección, tanta pureza en las líneas de unas caderas, de unos senos, de un cuello blanco y grácil medio oculto entre los negrísimos y largos cabellos.

Sí.

Algo realmente delicioso.

Sugestivo.

Hayworth se impacientó.

—Ya basta. ¿Qué estás esperando?

Duncan estaba asombrado. Estaba también seguro de que ninguna

mujer, por experimentada que fuera, hubiera podido permanecer tan perfectamente tranquila sabiéndose desnuda bajo la mirada de un hombre desconocido.

No.

Volvió a cubrirla a regañadientes y retrocedió.

Su voz era ronca cuando barbotó.

—Te juro que será mía, Hayworth.

—¿No puedes pensar en otra cosa? Salgamos de aquí. ¿Dónde dejaste el puñal?

—Abajo, encima de la mesa.

Revisaron las habitaciones del pasillo.

Todas ellas estaban desiertas.

Nada.

Se reunieron junto a la escalinata y Hayworth murmuró:

—Todo esto es increíble.

—Ajá.

—¿Qué supones que está pasando, Duncan?

—¿Cómo voy a saberlo? Se me ocurre que, por alguna razón, alguien está tratando de meternos el miedo en el cuerpo para que nos larguemos de aquí.

—¿Y cómo lo hace? Ese hedor a muerto... y el cuchillo suspendido en el aire...

—Tal vez lo sostenían con un hilo desde el techo. Habrá que examinarlo por la mañana cuando haya más luz.

Descendieron en silencio hasta el salón.

Hayworth añadió un par de leños al fuego y se volvió.

—¿Dónde dijiste que habías dejado el cuchillo?

—Es un puñal, no un cuchillo.

—*Okay*. ¿Dónde?

—Ahí, en la mesa.

—Piénsalo bien, Duncan, porque ahí no está.

Duncan se volvió como si le hubiera picado una serpiente.

—¿A qué estás jugando ahora?

—Míralo tú mismo.

El puñal no estaba en la mesa.

Ni en la mesa ni en ninguna otra parte.

No.

Era como si el pedazo de acero se hubiera desvanecido en el aire igual que la forma blanca que vieran en el pasillo.

Duncan miró a su socio acusadoramente.

—No me gustan las bromas en estas circunstancias, Hayworth. Solo tú puedes haberlo cogido.

—¿Sí? Entonces, ya me dirás dónde lo puse, porque no me he movido ni un paso de aquí.

—¿No lo has arrojado al fuego?

—Echa un vistazo. No ha habido tiempo de que el fuego haya fundido el acero, creo yo.

—No necesitas ser sarcástico conmigo. Ya veo que no está en el fuego. Pero entonces tendremos que aceptar que alguien ha penetrado aquí mientras nosotros estábamos arriba y se ha llevado el puñal.

—Ajá.

—Tal vez hay una entrada secreta en estas paredes.

Hayworth se dejó caer en la butaca y encendió un cigarrillo.

—Tal vez ese guerrero de ahí fuera ha venido a buscarlo.

—¿Bromeas?

—Después de todo, el puñal era suyo, por lo que estaba en su derecho.

—Es solo una armadura. Moverla armaría un estrépito de mil pares de demonios... Pero que me condene si no voy a mirarlo. Ven conmigo.

—Duncan, era solo una broma.

—Ven conmigo.

A regañadientes, Hayworth se levantó y siguió a su socio hacia el gran vestíbulo.

Mientras buscaba los interruptores de las luces para encenderlas todas, gruñó:

—Cuando sea de día hemos de registrar este antro de arriba a abajo, Duncan. Todos los rincones, los sótanos, los torreones, las dependencias del piso... ¡Todo!

—Creo que tienes razón. Si alguien quiere jugar al escondite con nosotros, ya es hora de demostrarle con qué clase de tipos se juega los cuartos.

Hayworth encendió todas las luces del vestíbulo.

La luz amarillenta se desparramó barriendo las sombras de los rincones.

Ambos se aproximaron a la rígida armadura que continuaba sosteniendo la pesada espada de dos filos.

Pero ahora, la funda del puñal ya no estaba vacía.

La vieja arma aparecía enfundada descansando en su lugar acostumbrado.

Con voz semejaba el chirrido de una sierra Hayworth balbuceó:

—Quizá se trata de otro puñal semejante.

Lo sacó de la funda con algunas dificultades.

El impacto de la bala no se había borrado.

Allí estaba, como demostración de que era el mismo puñal contra el que él había disparado poco tiempo antes.

Los dos hombres se miraron completamente estupefactos.

Desbordados por los siniestros acontecimientos.

Los acontecimientos que estaban envolviendo a ambos como tenaces y viscosos tentáculos de un gigantesco pulpo.

Pero de un pulpo hediondo, putrefacto, agitándose en lo más hondo de su tumba, cuyas raíces nacían en el mismísimo infierno.

CAPÍTULO 6

C

ON las primeras luces del alba apenas asomado por el horizonte, el viento amainó y solo quedó el sordo retumbar del oleaje.

En el embarcadero, la sombra del hombre alto apagó la linterna con la que había examinado la motora allí amarrada y se deslizó hasta el pie de los escalones labrados en la roca viva, comenzando a ascender precavidamente.

La fortaleza estaba sumida en penumbra. El apenas nacido día la recortaba contra el firmamento hosco y oscuro en el que navegaban pesadas nubes tierra adentro.

El intruso caminó con cautela hasta el coche.

Silencioso.

Levantó el capot y sus dedos cubiertos por guantes de piel enredaron en el motor. Se apoderó de la cabeza del delco y volvió a cerrarlo. Nadie sería capaz de poner en marcha el coche sin conseguir antes un nuevo repuesto de la pieza robada.

Tras esto, y mientras la luz gris se acentuaba, el hombre rodeó la fortaleza y se perdió camino abajo alejándose a buen paso sin importarle que sus pies se hundieran en el barro.

En el interior del castillo, Hayworth acabó de preparar café y lo llevó al salón, donde Duncan permanecía tenso y vigilante.

Bebieron el café en silencio, hoscos y malhumorados.

Cuando hubieron encendido sendos cigarrillos, Hayworth gruñó:

—¿Encuentras explicación lógica a lo sucedido esta noche?

—Ninguna, excepto la de que alguien pretende alejarnos mediante el pánico.

—Si es así, ese fulano va listo, sea quien sea.

—Hay que reconocer que habría asustado a otros más pusilánimes que nosotros.

—A mí solo me asusta una pistola apuntándome a la barriga.

—Cuando levante más el día empezaremos a registrarlo todo. Y nos ocuparemos de nuestros huéspedes también.

Hayworth no pudo evitar un gruñido de disgusto.

—Me revienta que en medio del lío en que estamos metidos no puedas pensar en otra cosa más que en esa mujer.

—Se ha metido en mi sangre. No renunciaría a ella ni por todo el dinero que va a proporcionarnos este negocio.

—Si crees que por tu capricho idiota yo voy a renunciar a mí parte, mejor olvídale. Ninguna mujer me apartará de esa fortuna.

—Era solo un modo de hablar, idiota. Pero lo de la muchacha va en serio. Se me ha ocurrido una buena idea para que sea dócil conmigo.

Hayworth se burló:

—Tendrás que hipnotizarla. O eso o amarrarla a una de esas máquinas de tortura que dices que viste abajo.

Recibió una mala mirada y calló.

Abrió la ventana para despejar la cargada atmósfera del salón, donde el fuego estaba casi apagado.

El húmedo aire del exterior llenó sus pulmones. Expelió una nube de humo del cigarrillo y suspiró:

Si no hubieran surgido problemas, realmente este hubiera podido ser el lugar ideal para nuestro negocio, Duncan.

—Sigue siéndolo de cualquier modo.

Hayworth se disponía a replicar cuando dio un respingo.

—¡Ven a ver esto, Duncan!

Este se acercó.

—¿Otro misterio?

—Un misterio que no tiene nada que ver con ningún fantasma, porque dudo que los fantasmas dejen huellas impresas en el barro. ¡Mira!

Señalaba las huellas de unos pies claramente visibles en el barrizal en que la lluvia había convertido el terreno en torno al castillo.

Duncan sintió un escalofrío.

—Alguien ha estado husmeando donde no debía.

Saltó por la ventana y examinó las huellas.

Hayworth le siguió.

Se dirigieron a la parte de atrás. Hacia el camino.

—Fueron hechas por alguien que anduvo por aquí después del aguacero de anoche. De lo contrario, si hubiera caminado antes, no habría habido barro. Y ni tú ni yo salimos ni una maldita vez desde que empezó a llover.

Bueno, ahora por lo menos sabemos seguro que alguien anduvo por aquí anoche. Y que no era ningún fantasma.

—Veamos de dónde venía.

Siguieron las huellas hasta la explanada delantera, pero allí terminaban porque la plazoleta estaba pavimentada con gruesas losas de piedra plana.

Todo lo que vieron fue el coche, chorreando agua, pero sin que nadie lo hubiera movido del lugar donde lo dejaran al llegar.

Volvieron atrás, siempre siguiendo las huellas, hasta el camino.

En todo aquel recorrido se convencieron de que, quienquiera que fuese la persona que anduvo por aquellos parajes después del aguacero, ni siquiera se había acercado a los muros del castillo.

—Es absurdo. ¿Qué podía estar buscando?

—Cualquiera sabe.

—Pero ni siquiera se aproximó a las ventanas, y tú dijiste haber visto una sombra.

—Cuando yo la vi aún llovía y el mismo aguacero habría borrado cualquier huella. Estas quedaron impresas porque fueron hechas después de la lluvia.

—Sí, claro... Pudo haberse acercado antes. Vamos a ver qué tienen que decir nuestros invitados.

Encontraron a Mike reavivando el fuego de la chimenea. Se incorporó al verlos y sonrió. Parpadeó detrás de los cristales de sus gafas.

—Han madrugado ustedes más que nosotros. Buenos días.

—Buenos días. ¿Durmió usted bien, Mike?

—Como un tronco... y es extraño. Tengo el sueño muy ligero y cuando me acosté temía no pegar ojo en toda la noche a causa del retumbar de la tormenta. Bueno, al principio fue así. No pude conciliar el sueño. Pero de pronto me quedé dormido. Y hasta ahora.

Hayworth miró disimuladamente los zapatos del joven. Estaban todavía húmedos del día anterior, pero no presentaban la menor huella de barro.

Dijo:

—Arreglaré las habitaciones. ¿Se ha levantado ya su prima?

—La dejé en el baño, pero sería imperdonable que por nuestra causa le ocasionásemos tantas molestias. Katharine arreglará las habitaciones.

Hayworth deseaba examinar la habitación. Tal vez hubiera restos de barro.

Sin replicar, salió del salón cerrando la puerta.

Duncan dijo:

—No tardará en estar a punto el café. Celebro que hayan pasado buena noche.

—¿Cree que podremos irnos mañana?

Duncan esbozó una mueca.

—El mar continúa agitado, y por otra parte no hay ningún teléfono en veinte kilómetros a la redonda. Creo que es preferible que esperen un poco más.

En ese momento entró la muchacha.

Para Duncan fue como si brillara un sol de fuego que le calentara hasta la sangre.

—Buenos días.

—Buenos días, Katharine. Me dijo mi socio que anoche se había interesado usted por la historia del castillo.

—Solo le pregunté el nombre de la fortaleza. Sentía curiosidad.

—No obstante, y eso quizá fue una simple apreciación del bueno de Hayworth, usted pareció impresionarse cuando le dijo que se trataba del castillo de Windermere.

Ella desvió la mirada.

Tras un silencio murmuró:

—Sí.

—¿Por qué?

—Hay tantas leyendas espeluznantes en torno a los viejos castillos de nuestro país que una más...

—¿Quiere decir que este castillo también tiene su leyenda?

—Ciertamente.

—¿La conoce usted?

—No hay nadie por estos alrededores que la ignore, como no ignoran tampoco las otras que circulan por las aldeas y caseríos de montaña.

—Bien, al fin voy a enterarme de qué se trata.

Ella le observó perpleja.

—¿Es que nunca ha oído hablar de esa historia?

—En absoluto. Solo que relacionan este castillo con cierta extraña leyenda.

Mike empujó sus gafas sobre el puente de la nariz.

—Yo también estoy a oscuras al respecto, Katharine. Nunca había oído mencionar siquiera este castillo.

—Tú no has vivido con los aldeanos tanto como yo.

Duncan, embelesado por aquella voz y por el cálido aroma que parecía desprenderse del cuerpo joven de la muchacha, suplicó:

—Cuéntenos la historia, Katharine.

Ella titubeó.

No parecía muy dispuesta a complacerle.

Al fin dijo:

—En realidad, es una de tantas sórdidas historias de la crueldad de la Edad Media. Estoy segura de que usted conoce muchas otras semejantes.

—No importa. Además, nunca me había preocupado ese tema hasta ahora.

De nuevo ella pareció muy poco dispuesta a hablar.

Entretanto, Hayworth reapareció trayendo café y tostadas con mantequilla y mermelada.

Los cuatro se instalaron en torno a la mesa y el tema de la leyenda pareció relegarse por el momento.

Hasta que terminaron y de nuevo Duncan insistió.

Katharine empezó:

—Es algo desagradable. El conde Guy de Windermere, señor de estas tierras y de este castillo, raptó a una bellísima doncella. En aquellos tiempos, estos hechos eran corrientes, porque los nobles detentaban el poder absoluto. Eran señores de horca y cuchillo, como usted sabe. El conde de Windermere no era una excepción. En todo caso era el compendio de la maldad demoníaca que atesoraban los nobles de su especie.

Duncan se arrellanó en la silla y encendió un cigarrillo. La dulce voz de Katharine parecía mecerlo en un placer anticipado.

—Solo que con la muchacha raptada las cosas fueron distintas. Se enamoró perdidamente de ella y la hizo su esposa a la fuerza. En realidad, parece ser que la hizo su prisionera, porque de repente sintió celos hasta del aire que ella respiraba. Poseer para él solo aquella belleza sublime era una victoria sobre todos los demás, pero pensar siquiera que otro pudiera desearla le volvía loco. Durante mucho tiempo nadie volvió a verla. Después, de algún modo, un joven capitán de sus propias huestes se prendó de la doncella al verla un día en los jardines del castillo.

Hayworth empezó:

—Desde Romeo y Julieta...

Pero una furibunda mirada de su jefe le cortó la voz.

—A partir de ese día los dos jóvenes se amaron locamente. El amor no conoce barreras, ellos consiguieron complicidades y al fin consumaron su amor.

Duncan murmuró:

—Naturalmente, fueron descubiertos.

—Sí.

—No podía fallar. Todas estas historias terminan del mismo modo.

—Esta quizá varía un poco. El conde Guy de Windermere descubrió el amor de su esposa por el capitán y que durante un tiempo los dos jóvenes habían logrado pasar muchas horas a solas. El odio y su natural perversidad se despertaron con el furor de un huracán. Hizo que el capitán fuera llevado a la cámara de tortura. Después obligó a su esposa a presenciar el suplicio.

Duncan la interrumpió de nuevo.

—En eso sí que eran verdaderos expertos en aquella época. En los sótanos de este castillo se conserva aún todo lo que empleaban... y produce escalofríos imaginar para qué servía cada uno de los aparatos.

—No utilizó aparato alguno.

—Ah, ¿no?

—No. Solo una mesa donde amarró al capitán. Allí le sacó los ojos en castigo de haberse atrevido a mirar a su esposa. Después le arrancó el corazón que tanto había amado, y todavía palpitante hizo que lo viera, igual que había presenciado la salvaje carnicería.

Hayworth se estremeció.

Duncan preguntó:

—¿Y qué hizo con ella?

Hubo una larga pausa.

Después, de nuevo se elevó la voz dulce de Katharine.

—Dicen que había mazmorras excavadas en la roca viva. Dentro de una de ellas colocó el cuerpo del capitán, de pie. Después, encadenó a su esposa al lado del cadáver y así la condenó a no tener otra compañía durante todo el tiempo que tardase en morir. Hizo quitar la reja de la mazmorra y después, una piedra cada día, los emparedó lentamente, gozándose con la atroz agonía de su esposa, muriendo poco a poco al ritmo que el cadáver de su amado se descomponía. Cuando colocaron la última piedra dicen que ella aún estaba consciente y que durante muchos días después se oyeron, apagados, sus lamentos.

Hayworth rezongó:

—Hay que reconocer que la gente tiene imaginación.

Duncan insistió:

—Debe haber algo más para que la gente sienta terror hacia este lugar. ¿Salieron los espíritus de la pareja emparedada para castigar al conde?

—El conde fue encontrado un día, tiempo después, muerto en su lecho y sin corazón. Se lo habían arrancado como él hiciera con el capitán.

—¿Y qué más?

Katharine abatió la mirada y añadió para terminar:

—Cuenta la leyenda que el corazón se lo habían arrancado en vivo. Desde entonces, la leyenda dice que los espíritus de los amantes vagan de vez en cuando por el castillo, condenados a no encontrar la paz hasta haber castigado en otro mal hombre la perversidad del conde Guy de Windermere.

Mike se estremeció.

—¡Qué historia más siniestra!

Hayworth remachó:

—Entonces, esa pareja ha esperado demasiado tiempo para obtener su paz, porque ahora ya apenas quedan condes perversos, aunque sí condes arruinados y convertidos en caseros como el lord que accedió a alquilarnos este castillo.

Duncan comentó con ironía:

—Bien, quizá no sea necesario un conde precisamente. La leyenda habla de «otro mal hombre». Podrías ser tú por ejemplo, Hayworth.

—¿Yo? ¿Y por qué no tú?

Duncan clavó sus ojos turbios en la muchacha.

—Es posible que en cierto modo la historia se repita en pleno siglo Veinte.

Reinó un sorprendido silencio.

Tan denso que incluso Hayworth se encontró incómodo.

Mike murmuró:

—Creo que no comprendo qué ha querido decir usted.

Duncan decidió que había llegado el momento de actuar. Por otro lado, el fuego que ardía dentro de él le torturaba con su vorágine de deseo.

—Es sencillo. Conociendo ya esta leyenda, yo puedo ser ese mal hombre del cual habla. O el nuevo conde Guy de Windermere. ¿Qué le parece?

—Se trata de una broma, claro.

—¿Usted cree? Digamos entonces que yo soy el conde Guy de Windermere y Katharine la joven de quien me he enamorado con una pasión desorbitante, diabólica, incontrolable. Una pasión sin límites que al mirarla se convierte en un frenesí de deseo.

La muchacha se incorporó.

—Le ruego que no siga.

—¡Siéntese! Siéntese y escuche. Ahora y aquí, yo soy ese señor de horca y cuchillo del cual ha hablado usted antes. La deseo hasta la locura y nada se interpondrá en mis deseos... Nada ni nadie, mi bellísima cautiva.

Mike se levantó de un salto.

—Ha rebasado usted todos los límites de lo tolerable. Le exijo que se disculpe con Katharine antes de irnos.

—Ustedes no se irán a ninguna parte. Estoy hablando con calma tratando de que ambos comprendan la situación. Supongo que como familiares ella le aprecia a usted, Mike... de modo que usted es la garantía de que acabará accediendo a mis deseos de buen grado. No quiero tener a una mujer por la fuerza. Quiero que ella venga a mí. Creo que he hablado claro, ¿no es cierto? Si ella no accede, usted morirá.

Mike temblaba de ira.

Hayworth cerró los dedos en torno a la culata de su pistola. En cierto modo se alegraba de que hubiera llegado el momento. Cuanto antes empezara antes terminaría.

Los dos jóvenes cambiaron una mirada de asombro y perplejidad.

Después, la muchacha murmuró con voz ahogada:

—Ahora estoy segura de que habla en serio. Pero antes que ser suya prefiero la muerte. Sentiría asco el resto de mis días sí...

—¿No aprecia entonces la vida de su primo?

Ella desvió la mirada hacia Mike.

Este muy pálido, pero detrás de los cristales de sus gafas brillaba una cierta resolución.

—Olvidate de mí, Katharine. No se atreverán a hacerme ningún daño.

Hayworth le presionó la espalda con el cañón de la «Lüger».

—Amigo, no apuestes, porque perderás. Este juguete abre agujeros como puños.

Duncan se había levantado. Sus dedos temblaban de excitación mal contenida cuando encendió un cigarrillo.

—Le daré tiempo para reflexionar, preciosa. Pero para garantizar su buen comportamiento, durante el tiempo que dure su reflexión la vida de su primo penderá de un hilo. Llévalos abajo, Hayworth.

—Espera un momento, Duncan...

—¿Qué te pasa?

—No vayas a tomarte demasiado en serio tu papel. Una cosa es pegarle un tiro a un tipo y otra hacerle todas esas porquerías de la leyenda.

—Eso dependerá exclusivamente de ella.

Les empujaron hasta las escaleras del sótano y una vez allá abajo entraron en la cámara de torturas.

La muchacha contuvo el aliento al ver la profusión de horribles aparatos, ruedas dentadas, tornos y mesas claveteadas.

CAPÍTULO 7

L

AS horas transcurrieron horriblemente monótonas y sumidas en un silencio de muerte para el prisionero.

Mike había intentado forzar el candado.

Fracasó.

Después, valiéndose de un diminuto cortaplumas, había probado a descalzar el muro en torno a los barrotes que aseguraban las rejas. Rompió la hoja del cuchillo y se desesperó un poco más.

Por el ventanuco vio debilitarse la luz del día y asomar las primeras sombras de la noche.

Había momentos en que no estaba seguro de cuáles eran sus sentimientos en relación con su prima. Se odiaba a sí mismo por desear que ella cediera a las bajas apetencias de Duncan para salvar su propia vida.

Pero en otros momentos de lucidez deseaba que ella se mantuviera firme, sin consentir verse mancillada por un rufián detestable. Quizá en esos momentos aún esperaba que todo se redujera a una broma de mal gusto.

Aunque cuanto más pensaba en ello más se convencía de que Duncan había hablado en serio.

Completamente en serio.

Sí.

Del castillo no le llegaba rumor alguno. Solo aquel silencio viscoso, de tumba, que parecía metérsele a uno en el cerebro vaciándolo incluso de su capacidad de raciocinio.

Solo del exterior le llegaba el ahora cadencioso ritmo del mar en calma, y de vez en cuando el graznido de un pájaro.

Cuando cayó la noche sin que nadie se hubiera vuelto a molestar para averiguar si estaba vivo o muerto, por entre la reja del ventanuco penetró un blanco rayo de luna.

Y entonces escuchó el crujido.

A su lado.

Junto a la mazmorra.

Se enderezó de súbito.

Sí, había resonado a su lado, junto a la mazmorra. Estaba bien seguro de ello.

Se pegó a la reja y trató de ver de qué se trataba.

Imposible.

No.

Le resultaba imposible ver la pared, pero el crujido se repitió una y otra vez, con un extraño acompañamiento de sonidos inexplicables.

¿Qué era aquello?

Pensó que alguien estaba escarbando en el muro desde el otro lado, alguien que venía en su auxilio.

¿Quién?

Después le pareció oír un quejido, una voz llena de angustia.

Pero eso era imposible, porque ninguna voz podía atravesar la piedra maciza.

Imposible.

De repente sonó un sordo y duro golpe. Una enorme roca había caído al suelo. Pudo verla desde donde estaba y ya no le cupo duda. Había alguien allí... alguien que podía ayudarle.

Alguien.

—¡Por favor! ¡Sáqueme de aquí!

Le pareció oír otra vez el sonido de unas voces muertas. Eran como suspiros que no salieran de garganta humana, sino que flotaban en el mismo aire enrarecido de aquel antro.

—¡Auxilio! ¡Tienen que sacarme de aquí!

Entonces se movió algo junto al muro.

Desde aquella cavidad en que se hallaba no podía verlo con claridad, pero le asombró la manera como «aquello» se materializó allí, junto a la enorme piedra.

Después, cuando creyó captar los contornos de lo que fuera que había aparecido, sintió el frío glacial de la muerte introducirse en sus venas, en sus nervios, en su mismo cerebro, para paralizarle con un espanto negro y terrible, un horror sin límites que solo podía ser producto de una atroz pesadilla.

Sí.

La figura del hombre se movió.

Inundada de luz de luna.

Era un hombre alto, delgado, cubierto de harapos y a cuyo alrededor se expandía un espantoso hedor a muerte.

Cuando se volvió, Mike vio que su rostro cadavérico mostraba unas cuencas vacías, sin ojos. En las cavernas óseas refulgía un brillo rojo como una llama del mismo infierno.

Sobre el pecho...

Sobre el pecho cubierto de harapos la luz de la luna atravesaba el cuerpo allí donde debiera haber habido un corazón, si es que una pavorosa visión como aquella podía tener corazón.

Espantoso.

El cautivo sintió que le flaqueaban las piernas mientras aquellas cuencas vacías parecían clavarse en él quemándole con el fuego rojo que encerraban. Poco a poco se deslizó pegado a los barrotes, sin fuerzas, hasta quedar arrodillado en el suelo...

Boqueando.

Ahogándose.

El espectro tendió la mano hacia la pared.

Sus movimientos eran lentos, pausados.

Al extremo de su mano pareció un instante que se adhería un jirón de niebla blanca. Luego, otra forma más frágil y delicada se colocó ante los ojos desorbitados del prisionero, que sentía golpearle el corazón en la garganta y que se ahogaba a impulsos del horror.

Las dos figuras espectrales se deslizaron hasta detenerse frente a él.

Mike cerró los ojos incapaz de asimilar tanto horror, pero no antes de haberse dado cuenta de que la figura blanca era una mujer de rostro carcomido, putrefacto, a cuyos lados caían, lacios, los largos cabellos sucios de tierra.

Cuando volvió a abrir los ojos estaba solo.

No quedaba otro rastro de los siniestros aparecidos más que el hedor que le daba náuseas, que le envolvía en oleadas como si se hallara hundido en una masa putrefacta.

Era horrible.

Sollozando, se dejó caer hacia atrás sacudido por espasmos que el terror agudizaba.

Por primera vez deseó haber muerto.

Lamentó que el mar no les hubiera engullido durante la tempestad para ahorrarse ahora esta pesadilla.

Una auténtica pesadilla...

Que parecía haber abierto las puertas del infierno.

* * *

También Katharine sollozaba echada de bruces sobre la cama de su habitación.

No sentía el frío.

Era incapaz de experimentar nada que no fuera pánico, asco y angustia por la suerte de su primo.

Minutos antes Duncan había asomado la cabeza por la puerta para

recordarle que el plazo se extinguía en esa noche que no parecía que fuera a tener fin.

Desde que se encerrara en la soledad del cuarto había perdido la noción del tiempo. Le pareció que había pasado muy poco desde la anterior visita cuando Duncan entró de nuevo y se detuvo junto al lecho.

Ella se incorporó, secándose las lágrimas.

Él dijo:

—¿Has decidido ya, preciosa?

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Recuerda a tu primo.

Katharine le miró con los ojos arrasados en lágrimas.

—Antes del amanecer habrá muerto si continúas negándome tus caricias, muñeca... y después nada impedirá tampoco que seas mía, solo que habrás sacrificado inútilmente una vida humana... la vida de Mike.

Ella le miraba sin hablar.

—Piénsalo, nena. No quisiera tomar por la fuerza lo que tú puedes darme a raudales... tu pasión, el fuego que se esconde detrás de tus labios...

—¡Salga de aquí!

—Escucha...

—¡Váyase!

Duncan no cejó en su empeño.

—Escúchame aún... Estaré esperándote en mi habitación. Es la primera puerta a la derecha de este mismo pasillo. Solo con que vengas y cruces mi puerta, tu primo Mike estará salvado.

—¡No!

—Piénsalo, preciosa.

—¡No, no, nooooo...!

De nuevo la venció el llanto y se cubrió la cara con sus manos.

Duncan retrocedió hacia la puerta.

También Katharine deseó haber muerto. También lamentó que el mar no les hubiera engullido durante la tempestad.

Porque ceder a los apetitos bestiales de Duncan era vivir durante unas horas algo semejante a un infierno.

Un infierno de vicio.

Bestial.

CAPÍTULO 8

HAYWORTH, arrellanado junto al fuego, gruñó:

—¿Tú crees que ella irá voluntariamente a tu habitación?

—Sí.

—Déjame decirte que has perdido el seso, Duncan.

—Vendrá.

—¿Por qué?

—Vendrá... estoy casi seguro. Sobre todo si ve que estoy a oscuras. La oscuridad presta a las mujeres cierto valor al no tener que enfrentarse a plena luz con aquello que las humilla.

—Tonterías.

—Te digo que vendrá.

—Esa chica es terca y tiene valor.

—Precisamente, porque tiene valor es por lo que cederá. Querrá salvar a su primo a costa de lo que sea.

Hayworth levantó la mirada hacia su socio. Vio la tensión en su rostro y el brillo febril de sus pupilas turbias. Meneó la cabeza.

—Cuando pienso todo lo que nos estamos jugando en este negocio... Toda una organización criminal que actúa internacionalmente, de un lado a otro del mundo, moviendo sus tentáculos para situar una tonelada de narcóticos en los Estados Unidos. Una larga cadena, uno de cuyos eslabones somos nosotros: Sherman, tú y yo. Miles de dólares... ¿Qué digo miles? ¡Millones!

—¿A qué viene eso ahora?

—Estamos enfrentándonos con la Mafia norteamericana, Duncan.

—¿Estás loco?

—No, no soy yo quien está loco, sino tú.

Duncan soltó una risotada.

—Me gusta una mujer, eso es todo. Trato de conseguirla por todos los medios. Normal, ¿no? Cuando un hombre desea a una mujer... Pero, ¿es que acaso pretendes darme lecciones de moral? ¿Cuántos crímenes tienes sobre tu conciencia, Hayworth?

—Perdí la cuenta hace tiempo.

—Ajá. ¿Qué crees que hacen los traficantes de narcóticos con la mercancía que estamos ayudando a situar en nuestro país? ¿Venderla a los hospitales para mitigar el sufrimiento humano? No, Hayworth, no...

—Ya sé que no. Una tonelada de narcóticos, una vez rebajada su pureza, se convertirá en miles de inyecciones intravenosas. Muchos adictos seguirán envileciéndose en la droga y otros muchachos se iniciarán en el vicio. Ya lo sé.

—¿Y no te horroriza?

Hayworth respondió cínicamente:

—No.

—Pero te subleva la idea de que yo quiera disfrutar de esa muchacha... ¿No será envidia, Hayworth?

—A mí no me horroriza que quieras conseguir a la muchacha, Duncan. Lo que no me gustaría es que echáramos todo el negocio por la borda por culpa de esos críos. Los dueños de la mercancía no nos lo perdonarían. Podríamos escondernos en el fin del mundo y los pistoleros nos encontrarían... y nos acribillarían a balazos.

Eres tonto. Te figuras que todo se va a ir a paseo. No ocurrirá nada. Todo va a salir bien. Pero esa mujer será mía.

Hayworth se encogió de hombros.

—Sea como sea, Duncan, todo esto se me antoja una locura. ¿Has pensado qué harás con la pareja cuando estés satisfecho? No podemos dejarlos sueltos para que corran a denunciarnos.

—¿He hablado yo acaso de dejarlos sueltos?

—Entonces...

—Mantendremos las cosas como están durante unos días... Una mujer como esa, Hayworth, hay que saborearla a pequeñas dosis... Necesito divertirme, ¿comprendes? Cuando yo me sienta satisfecho, como tú dices... ¿por qué no empiezas tú? O Sherman, cuando vuelva. O los dos. Y a lo mejor yo repito cuando vosotros acabéis con ella. Quien sabe...

Soltó una carcajada.

Hayworth insistió:

—¿Y después?

—¿Después de que Sherman, tú y yo disfrutemos de lo lindo con esa moza?

—Sí.

—Bien... el mar es hondo, grande... Nunca devolverá dos cadáveres bien lastrados. Y tú y yo sabemos mucho de esa técnica, ¿no te parece?

—Está bien, haz lo que quieras, pero ojalá no tengamos que arrepentimos algún día...

—No seas pusilánime, camarada. Me voy arriba antes de que ella se decida. Y no te duermas... Si alguien quiere volver a jugar esta noche dale plomo. ¿Entendido?

—No necesitas repetirlo.

Duncan se fue y Hayworth se quedó solo.

Sentía una vez más la extraña desazón que le atormentaba y comenzaba a percibir aquel hedor inexplicable, aunque débil aún.

Sacó la «Lüger» y comprobó la recámara. Después, la dejó a su lado, sobre la mesita y al alcance de la mano. Así sería más fácil empuñarla al menor síntoma de alarma.

Encendió otro cigarrillo y atizó la lumbre de la chimenea.

Después llenó un vaso con «whisky» solo y lo apuró a grandes sorbos.

De todos modos, si lo pensaba con calma, el condenado Duncan no andaba errado al desear a aquella muchacha. Había que reconocer que nunca vio ninguna otra ni siquiera parecida. Lo tenía todo desde cualquier ángulo que se la mirase. Y en su rostro había un oculto fulgor que cuando se convirtiera en llama en los brazos de un hombre, este alcanzaría las cimas del paraíso.

Un ángel caído del cielo.

Sí.

Eso era la dichosa Katharine.

Aunque dudaba que el hombre que gozara de la muchacha fuera nunca Duncan...

Él no tenía categoría.

En cuanto a Sherman y a sí mismo... ¿A quién le amarga un dulce? Si no había querido participar en el acoso de Katharine fue por no enfrentarse con Duncan. El tipo la tenía demasiado metida en su sangre...

Entonces se enderezó Hayworth, ahogando las náuseas. La pestilencia a muerto en descomposición se agudizaba por instantes y apenas si podía respirar.

Maldijo en voz alta y acercándose a la ventana la abrió de par en par para renovar el aire y librarse así de aquel hedor pútrido que parecía llegar en oleadas para desvanecerse después de manera incomprensible.

Dejando la ventana abierta regresó junto al fuego. En unos instantes se le antojó que la temperatura descendía hasta el punto de congelación.

Maldijo entre dientes y volvió a cerrar la ventana.

Instantáneamente, el hedor se adueñó de la estancia. Casi era preferible congelarse que soportar aquella peste a cadáver.

Sí.

Llenó el vaso una vez más y ahora lo vació apresuradamente, ansiando que al ardor del alcohol se llevara garganta abajo aquel regusto nauseabundo que la pestilencia parecía incrustar hasta el fondo de cada una de sus fibras.

Sentado en el sillón, contemplando la danza sedante de las llamas, Hayworth no advirtió que la puerta comenzaba a abrirse lenta y silenciosamente, sin el menor ruido, igual que sostenida por el aire...

El aire fétido de la muerte.

CAPÍTULO 9

L

A sombra se materializó al pie del muro después de haber recorrido el enfangado camino. Llevaba el sombrero impermeable y la gabardina oscura.

Durante unos largos instantes permaneció inmóvil, como fundida en la lóbrega oscuridad de la fortaleza medieval. Después, cautelosamente, empezó a deslizarse a lo largo de la pared.

En silencio.

Despacio.

Estaba a mitad del recorrido cuando se inmovilizó nuevamente, escuchando.

Bajo sus pies le pareció oír un sollozo agudo, histérico.

Se agazapó ante el ventanuco enrejado. No cabía duda. Alguien sollozaba de un modo muy extraño en aquel pozo de sombras. Lo que impresionaba de aquel fantasmagórico llanto era que procedía de una garganta masculina.

Era un hombre quien lloraba.

Sí.

Intentó penetrar con la mirada aquella oscuridad. La luz de la luna rompía sobre el muro del que parecía haberse desprendido una piedra de gran tamaño, pero el resto quedaba en tinieblas.

Arriesgándose, murmuró:

—¿Quién está ahí?

Los sollozos cesaron de repente.

El repitió:

—¿Hay alguien?

Una voz rota jadeó:

—¡Auxilio!

—No grite... ¿Qué sucede? ¿Quién es usted?

—Tiene que sacarme de aquí... quienquiera que sea usted...

—Hable en voz baja.

—Sí.

—Hable.

—Estoy encerrado en una especie de celda enrejada... Van a matarme...

—¿Quién es usted?

—Me llamo Mike Hackman.

—¿Mike Hackman?

—Sí.

—¿Sabe si ese sótano tiene alguna entrada a la que yo pueda llegar?

—Solo la escalera... pero ahí, en el muro... ¡Dios bendito!

—¿Qué le pasa ahora?

—Aparecidos... espectros horribles, señor... Los he visto... ¡Le juro que los he visto con mis propios ojos!

—Hable más bajo o alarmará a todo el castillo.

—Sí... sí, señor.

El hombre del impermeable siguió:

—¿A qué altura del suelo queda esta ventana? ¿Lo sabe usted?

—No.

—Aproximadamente...

—Tres o cuatro metros por lo menos... Esta cripta es alta, enorme...

—Bueno, ahora permanezca en silencio. No hable en absoluto.

—Pero esas cosas... van a volver... y son espantosas, se lo juro. ¡Tiene que sacarme de aquí!

—¡Condenación! ¿Quiere callarse?

Mike enmudeció, temeroso de que también aquella esperanza en forma de voz le abandonara.

El intruso revolvió en los profundos bolsillos del impermeable hasta encontrar lo que buscaba.

Instantes después, Mike oyó el suave chirrido de metal contra metal.

El hombre trabajaba pausadamente, pero sin descanso. Su finísima hoja de acero mordía el mohoso hierro de la reja con un chirrido característico. Por una vez, echó de menos la tempestad de la otra noche para que el fragor del viento y los truenos apagarán el ruido.

Mientras trabajaba no pensaba en el tiempo. Sabía que el peor enemigo de quien intenta hacer lo que él se proponía eran los nervios y la impaciencia, de modo que cuando el primer barrote cedió, todo lo que hizo fue cambiar de postura y atacar al segundo.

Metódicamente.

Sin prisas.

Los viejos hierros cedían uno tras otro a los ataques del acero.

Cuando venció al último sostuvo la reja y la retiró con cuidado, depositándola en el suelo con tanto cuidado como si fuera de frágil cristal.

Tras esto, volvió a hurgar en los bolsillos.

Empuñó una diminuta linterna eléctrica y un fino rayo de luz se hundió en el pozo de tinieblas hasta chocar contra el suelo. Comenzó a deslizarlo

aquí y allá, estupefacto al contemplar los instrumentos de tortura medievales.

Al fin descubrió las rejas del fondo.

Y pegado a una de ellas un hombre de rostro desencajado, crispado por el terror, que miraba el rayo de luz como alucinado.

Calculó la distancia hasta el suelo.

Era un buen salto, aunque no para él.

Contorsionándose, se colgó por el interior del ventanuco. Cuando se soltó lo hizo impulsándose ligeramente hacia atrás para caer a un metro del muro.

Sus piernas amortiguaron el golpe flexionándose como duros muelles. Apenas si sus zapatos de goma produjeron un apagado «plof» y estuvo de pie abajo, junto a una mesa erizada de puntiagudos clavos mohosos.

Se acercó a la celda.

El cautivo trataba de verle desde el otro lado. Las lágrimas corrían por sus mejillas, que tenían un tono grisáceo.

—Tranquilícese, Mike. Le sacaré de aquí.

—No.

—¿Qué dice?

—Vaya arriba, ahora que ha logrado entrar.

Perplejo, el hombre se echó el sombrero hacia la nuca.

—¿No desea que le libre de su encierro?

—Claro que sí... sobre todo por si vuelven esos... horribles seres que salieron del muro... espectros del infierno...

—Mike, tranquilícese.

—Sí... Pero Katharine... necesita ayuda...

—¿Katharine?

—Sí.

—¿Se refiere a Katharine Logan?

—Sí... ¡Sí! Pero... ¿cómo sabe usted...?

—No se preocupe. ¿Cuántos hombres hay en el castillo?

—Dos.

—¿Está seguro?

—Yo solo vi dos. Pero vaya arriba. Olvídese de mí. No pierda más tiempo. Ese engendro del diablo... Duncan... quiere abusar de Katharine... ¿comprende?

El otro pareció reflexionar. Se oyó un breve rechinar de sus dientes y después gruñó en voz baja.

—Asqueroso cerdo...

—Vaya arriba. Dese prisa.

—Si a estas horas no lo ha conseguido, ya no lo logrará esta noche. Y si lo hizo... no hay ninguna prisa para matarlo.

Mike se quedó mudo.

Las manos del desconocido reconocían los eslabones de la cadena, el candado, los barrotes...

Susurró entre dientes:

—El candado.

El acero comenzó a roer el hierro.

El hombre masculló:

—¿Qué diablos de peste es esta que hay aquí, Mike?

—El hedor a cadáver... a muerte...

—En todo caso debe tratarse de un cadáver de hace mucho tiempo, a juzgar por la pestilencia.

—¿Mucho tiempo? Los dos murieron hace centenares de años...

La lima dejó de chirriar de golpe. Después, la luz de la linterna brilló otra vez alumbrando el rostro alucinado del cautivo.

—¿Está usted loco o qué? ¿Qué es eso de que esos cadáveres llevan centenares de años muertos?

—¡Es cierto! Tiene que ser cierto.

—Estarían convertidos en polvo, no olerían a nada. Debe haber perdido usted la razón.

—¡Le digo que los he visto!

—Salieron del muro, ¿eh?

—Sí... Primero se desprendió una piedra.

—Eso ya lo vi. Hay un boquete en la pared.

—Brotaron de allí... La leyenda...

El hombre suspiró, apagó la linterna y reanudó su trabajo, lento y paciente.

Mike recobraba la voz por instantes. La voz, la esperanza y el valor.

—Oiga, ¿quién es usted?

—Me llamo Luke Bowman.

—¿Inglés?

—No, americano.

—¿Igual que Duncan y el otro?

—Sí.

—Antes dijo que iba a matar a Duncan... ¿O fue solo una manera de hablar?

—Preferiría cazarlo vivo, pero no creo que vaya a darme facilidades, de modo que si él se empeña le mataré.

Mike sintió un escalofrío ante el cortante tono de aquella voz que no parecía alterarse por nada de este mundo.

El candado cedió al fin.

La cadena tintineó cuando Luke Bowman la dejó en el suelo.

Luego encendió de nuevo la linterna y se incorporó.

—Salga, Mike.

Mike empujó la reja y esta chirrió, abriéndose.

—Me gustaría verle la cara, amigo. Me ha salvado usted la vida.

—No se preocupe ahora por eso. Eche un vistazo por aquí y busque algo que pueda servirnos de arma. Tal vez tenga que pelear.

—Ya puede jurar que lo haré. Esos puercos van a lamentar no haberme matado antes. Pero no espere que me enfrente a los espectros.

—¿No puede quitarse esa estupidez de la cabeza, muchacho?

—Usted no los ha visto.

—Ni usted tampoco.

—¡Yo sí los he visto!

—Solo se trata de su imaginación. Usted ha sufrido mucho durante las últimas horas y sus nervios se han resentido. No ha podido soportar tanta soledad e incertidumbre. Eso ha sido todo.

—No.

El hombre se encogió de hombros.

Retrocedió hasta el boquete del muro. Introdujo la mano y el haz de luz barrió las sombras de la oscuridad.

Parpadeó. Un tanto perplejo.

Vio que se trataba de otra celda de dimensiones parecidas a las demás, pero tapiada por completo excepto el agujero. La fetidez que brotaba por él le arrojó de espaldas.

En el suelo del reducido antro había unos harapos casi pulverizados por el paso del tiempo.

Se echó atrás, ahogándose con las náuseas.

—¡Diablos! Sea lo que sea lo que hubiera ahí, olía que apestaba.

—Espectros de la leyenda, ya se lo dije.

—Y no lo repita. Me pone nervioso y hará que empiece a arrepentirme de haberle sacado de ahí. Quizá donde debería estar usted es encerrado y con una camisa de fuerza.

—¿Cree que estoy loco?

—Prefiero no pensar en eso. Vamos a ver qué ha sucedido con su prima.

—¿Cómo sabe también que Katharine es mi prima? Yo no se lo dije.

Luke Bowman suspiró.

—Mire, vi su motora allá abajo, anoche. Tomé nota de la patente y realicé algunas averiguaciones. Así me enteré de lo de su aventura en el mar. Todo el mundo les daba por muertos. Así fue como supe de su existencia.

—Entiendo. Lo que no comprendo es quién es usted.

—Por el momento, límitese a saber mi nombre.

Tanteó la puerta de las escaleras y la encontró abierta.

Antes de empezar a subir, masculló:

—Ahora, cuidado con hacer el menor ruido.

—Sí.

—Y pase lo que pase no intervenga a menos que necesite defenderse usted. Tengo el presentimiento de que no es precisamente un héroe y si tengo que liarme a tiros solo me estorbaría.

—Está bien.

Mike había encontrado una barra de hierro y la apretaba entre sus dedos.

En su fuero interno estaba seguro de que si llegaba la oportunidad de utilizarla contra Duncan o su cómplice no titubearía.

Por primera vez en su vida, Mike comenzaba a sentir el vértigo que produce las ansias de matar.

CAPÍTULO 10

H

AYWORTH descubrió que la puerta estaba abierta de par en par cuando se levantó para abrir otra vez el ventanal y librarse así del fétido hedor que le mareaba.

Se quedó un instante paralizado.

Luego atrapó la pistola de un zarpazo y tensó el dedo en el gatillo.

Paseó la mirada en torno.

Quizá esperaba ver el cuchillo suspendido en el aire nuevamente, o deslizándose por arte de magia en busca de su propia garganta.

No vio nada.

Solo la pestilencia densa, irrespirable.

Corrió hacia la puerta y encendió todas las luces, volviéndose como un rayo, agazapado, la pistola sujeta firmemente a la altura de la cintura.

Estaba solo.

Por un segundo calibró la conveniencia de llamar a Duncan. Sentía un creciente pánico adueñarse de sus sentidos. Algo como jamás antes había experimentado, algo parecido a lo que debieron sentir sus víctimas cuando cayeron bajo su mano homicida, pero que nunca le había preocupado hasta aquel instante.

Echó un vistazo al vestíbulo.

Había solo dos bombillas encendidas, de modo que la mayoría de los rincones estaban en penumbra.

En cualquiera de ellos podía haber alguien agazapado.

Sí.

Aspiró hondo.

Luego, tendiendo la mano armada por delante se dispuso a salir del salón.

Dio un paso cauteloso, los ojos captando cada detalle...

Se detuvo igual que si hubiera sido herido por un rayo.

La armadura más cercana seguía erguida en su lugar, pero alguien le había quitado la tremenda espada de doble filo, aquella espada que Duncan apenas si pudo manejar.

Alguien.

¿Quién?

Bueno, alguien estaba en el castillo armado de una espada, pero él disponía de una «Lüger». Quienquiera que fuese el que quería jugar al escondite con él iba a encajar buen plomo.

Desde luego.

Adelantó otro corto paso, el dedo cosquilleándole en el gatillo, impaciente por disparar.

Justo en aquel instante, antes de que hubiera salido del todo por la puerta, algo zumbó en el aire y una especie de maldición de hierro descendió igual que un rayo, y Hayworth sintió un dolor increíble en el brazo y vio, despavorido, cómo su mano saltaba en el aire, cercenada de un solo tajo por la tremenda espada del guerrero.

¡Chaaaaasss...!

Un golpe limpio, como dado por un experimentado verdugo medieval.

La mano y la pistola rodaron por el suelo.

¡Plof!

Hayworth boqueaba enloquecido de dolor, ahogándose en sus ansias infinitas de gritar, de lanzar los alaridos que parecían explotar en su cerebro ante su impotencia para modularlos con palabras.

Emitió un quejido mientras todo daba vueltas a su alrededor.

La sangre brotaba a borbotones del muñón que era su muñeca.

Lanzó un grito, ronco, agudo, balbuceante.

Y entonces lo vio y creyó que el dolor le había arrebatado la cordura, porque aquel espanto no podía estar allí, mirándole y sosteniendo la espada en una mano descarnada sin más esfuerzo aparente que si empuñara una pluma.

¿Mirándole?

Aquello carecía de ojos...

El veía las cuencas óseas vacías, aunque animadas por un fulgurante chispazo rojo que parecía llegar de las profundidades del cráneo... un cráneo que conservaba adherida una piel carcomida como pergamino viejo.

Hayworth se apoyó en el marco de la puerta. Las piernas le flaqueaban y experimentaba un horror total, absoluto, como nadie sintiera jamás.

El espectro se movió al fin.

Como si se hubiera cansado de pronto de contemplarle.

Bajó lentamente la espada hasta soltarla. El hierro tintineó contra el suelo.

Hayworth retrocedió por el vestíbulo, tambaleándose, hipando de dolor y aullando en sus entrañas con aquella voz que el horror le impedía encontrar.

Parecía como si un halo fosforescente envolviera al aparecido. Sus harapos eran apenas hilachadas sin color, y el espantoso boquete de su

pecho desgarrado dejaba entrever las líneas cerúleas de unas costillas rotas.

Hayworth se hundió por un pasadizo, siempre retrocediendo acosado por la aparición que le seguía paso a paso.

Implacablemente.

Sollozó, ahogándose en su propio terror, dándose cuenta de que no tenía esperanza de que había perdido una mano y la pistola y de que estaba perdiendo hasta la última gota de su sangre.

Sí.

Sus pies tropezaron con unos peldaños de piedra al final del pozo de sombras por el que había huido hasta entonces.

Allá, siempre moviéndose como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, el espectro del guerrero medieval proseguía su implacable acoso acechándole con sus cuencas vacías, con su boca descarnada, envolviéndole en su hedor a muerto.

Aquel hedor pestilente...

Era insoportable.

Volviéndose, echó a correr escaleras arriba en plena oscuridad.

Las escaleras se retorcían como una serpiente de piedra.

Vagamente se dio cuenta de que estaba encaramándose a uno de los torreones y ni siquiera pensó en qué ocurriría cuando llegara arriba.

No.

No lo pensó.

De cualquier modo tampoco podía volver atrás, porque allí estaba aquella cosa sin nombre, aquel horror negro que subía peldaño a peldaño, sin ruido y sin pausa.

Todo comenzó a girar en torno a Hayworth.

La pérdida de sangre le debilitaba por momentos y el dolor espantoso de su brazo cercenado le sacudía en oleadas hasta el cerebro.

De vez en cuando cruzaba por delante de estrechas troneras a través de las cuales veía el sombrío cielo, las lejanas estrellas y un ramalazo de luz de luna.

Después volvía a sumergirse en la oscuridad más absoluta.

Tropezando.

Hipando.

Sollozando en medio de un incesante espasmo de pavoroso terror.

El corazón le golpeaba salvajemente en el pecho, dolorosamente en realidad porque además del cansancio y la angustia mortal, estaba quedándose sin sangre, que salpicaba los peldaños como si dejara tras sí una roja huella que el espectro pudiera seguir.

Alucinado, incapaz de razonar, solo ansiaba mantener la mayor distancia posible entre él y su perseguidor. No se atrevía a mirar otra vez su muñón sangrante y solo le mantenía en pie el ansia de vivir y la horrenda

proximidad del espectro implacable salido del infierno.

Así desembocó en la azotea de la torre.

Miró en derredor.

Alucinado.

Había un círculo de almenas y algo rígido elevándose a un lado.

Una horca.

La poterna por la que había irrumpido era de gruesa madera y estaba abierta. Ahora se precipitó sobre ella y la cerró, aunque por su parte exterior carecía de cerrojo alguno. No obstante, Hayworth apalancó con toda la fuerza que le restaba y esperó, con el dolor recorriéndole el cuerpo...

En oleadas.

Hasta inundarle el cerebro.

Mezclándose con el espanto.

No supo cuánto tiempo tardó el aparecido en llegar. Supo que estaba allí cuando oyó el golpe contra la poterna. Aumentó su esfuerzo hipando histéricamente.

Una fuerza colosal empujó desde el otro lado.

La puerta cedió y él hubo de retroceder trastrabillando ante su embate.

Sí.

El espectro.

Asomó surgiendo al mismo ritmo pausado.

Hayworth miró alrededor con ojos desorbitados, sabiendo que había acabado su huida, que aquello era el fin.

Tras las almenas no había más que el vacío.

Espantoso.

Delante de él, la pesadilla cubierta de harapos que ahora parecía reírse de él con su boca descarnada y carcomida.

Buscó la voz al desplomarse sin fuerzas. Ya no ansiaba gritar, lanzar alaridos de dolor y de pánico, sino suplicar. Voz para suplicar piedad... para sollozar en voz alta por una vida sucia que terminaba como nunca había acabado otra vida de hombre sobre la tierra.

El espectro tendió sus manos como garras, piel y huesos, garfios de uñas puntiagudas.

Hayworth se sintió elevar hasta quedar de pie, cara a cara con el horror vivo.

Algo áspero rozó su garganta siempre sostenido por las manos poderosas del guerrero surgido de las profundidades del espanto negro del infierno.

Iba a arrojarle al vacío.

Hayworth sollozó al fin.

La voz, apagada como un balido, le salió de nuevo por entre sus fauces resacas:

—Piedad... Suélteme...

El espectro no pareció oírle siquiera.

Le impulsó hacia afuera y le soltó.

—¡No! ¡Nooooo...!

Cuando Hayworth creía despeñarse al vacío, la sogla dio un tirón salvaje y su cuerpo comenzó a balancearse en la horca siniestra que coronaba aquella torre.

Hayworth ya no pedía piedad.

Su voz ya no sonaba, ni como un balido ni desgarradoramente.

No.

Ya no.

Hasta que el movimiento de péndulo del cuerpo no se aquietó, el espectro estuvo rígido entre las almenas.

Como gozándose del espectáculo.

Después, con el fulgor demoníaco de sus cuencas vacías, el horrible boquete de su pecho en el que brillaba la palidez del costillar roto, dio media vuelta y desapareció por la poterna en cuya oscuridad semejó desvanecerse.

CAPÍTULO 11

D

ESEMBOCARON en uno de los pasillos que morían en el vestíbulo, iluminado tan solo por la pálida y amarillenta luz de dos bombillas de poca potencia.

Mike susurró:

—Aquella es la puerta del salón... Está abierta y hay luz.

Luke Bowman levantó un poco el pesado revólver que empuñaba.

—No se mueva de aquí. Si están ahí dentro me ocuparé de ellos yo solo.

Se deslizó a lo largo de la pared, tenso, el oído atento.

Consiguió echar un vistazo al interior de aquella sala. Chisporroteaba el fuego en la chimenea, pero no había nadie.

Entonces, a sus espaldas, sonó un ahogado quejido y se volvió en redondo.

Lo que vio hizo que perdiera toda capacidad de reacción.

Una figura alta y cubierta de harapos se había detenido delante de Mike y parecía mirarle. Era algo horrible, con un espeluznante agujero en la espalda.

Mike boqueó y acabó desplomándose de rodillas ante el aparecido.

Ahogándose por el miedo y la pestilencia, Bowman gruñó:

—¡No se mueva... sea lo que sea!

El espectro se volvió poco a poco.

Su rostro carcomido y descarnado se mostró en toda su horrible realidad. El fulgor rojo de sus pupilas vacías fue apagándose paulatinamente y cuando Bowman se disponía a añadir algo más, dispuesto a utilizar el revólver, el espectro levantó una mano como una garra y su dedo semejante a un garfio señaló algo que había en el suelo, más allá de Bowman.

Este ladeó la cabeza intrigado.

Casi dio un brinco al ver la mano en medio de un charco de sangre y la gran pistola que estaba sujeta entre los dedos rígidos de la mano cerrada.

Volviéndose, barbotó:

—¿Qué infiernos...?

Mike continuaba de rodillas. Parecía rezar.

Del espectro no había el menor rastro.

Parpadeó, dudando de sus propios sentidos. Tal vez todo había sido una simple pesadilla.

Pero la mano estaba allí, en el suelo.

Y Mike gimoteaba igual que un demente.

De repente, Bowman se dio cuenta estupefacto que en la cabeza del joven el cabello se había vuelto blanco y ese hecho le produjo quizá una impresión más profunda y terrible que la presencia de aquella cosa sin nombre que había creído ver.

Corrió hacia el muchacho y le ayudó a levantarse. Su rostro era una máscara crispada, pálido como la cera. Sus labios se movían sin cesar, aunque ningún sonido brotara de ellos.

Rugió:

—¡Ya basta, Mike! ¿Me oye? ¡Basta!

Le abofeteó dos veces con violencia.

La cabeza del joven osciló de un lado a otro y sus ojos estrábicos lograron fijarse en Bowman y le miraron como si fuera la primera vez que le veían.

—¿Dónde... dónde está...?

—En ninguna parte. No existe. Métase eso en la cabeza si no quiere volverse loco.

—Lo he visto... y él me ha visto a mí. No tiene ojos, pero me miraba... con las llamas que le sostienen... que arden en sus cuencas vacías.

—Ha sido una pesadilla.

—No.

—Le digo que ha sido solo una pesadilla. Esa cosa no puede existir.

—Usted lo ha visto también...

—No sé qué he visto. Y de cualquier modo, prefiero no saberlo. ¿Se encuentra mejor?

Mike asintió con un gesto.

Bowman pensó que cuando se viera en un espejo, con el pelo blanco y la cara cenicienta, su terror aumentaría.

Sin embargo, el terror se apoderó de él mucho antes.

Fue cuando Bowman se apartó.

La mirada desorbitada del joven cayó sobre la mano cortada.

La sangre...

Lanzó tal alarido que los tímpanos de Bowman vibraron.

Tras esto, se desplomó con los ojos en blanco como si estuviera muerto.

—¡Vaya! Era lo único que me faltaba...

Lo levantó en vilo llevándolo al interior del salón. Lo depositó sobre una butaca, delante del fuego. Vio la botella de «whisky» y con una mueca

la atrapó de un zarpazo. Aplicó el gollete a los labios y bebió con glotonería un largo trago.

Dejó la botella y miró al inconsciente Mike. Su aspecto era lamentable, terrible, teniendo en cuenta su juventud, porque viéndole podía creerse que estaba mirando a un anciano.

Al fin le dio la espalda y salió del salón.

Cuidando de no pisar la sangre, se puso en cuclillas realizando un rápido examen de aquel sangriento despojo.

No tocó nada. Solo paseó la mirada alrededor al levantarse.

Vio la terrible espada sucia de sangre, tirada junto a la pared a un lado de la puerta.

—Es una pesadilla. Cuando despierte, todo esto desaparecerá...

Pero Mike no era una pesadilla, porque oía su gimoteo incesante a medida que recobraba el conocimiento.

Regresó a su lado.

—Escúcheme.

Como si volviera de muy lejos, el joven levantó sus ojos miopes.

—Nunca lo olvidaré... No podré olvidarlo jamás...

—¿A dónde se llevaron a la muchacha?

—No sé... Arriba quizá, en su cuarto... o en la habitación de Duncan...

—¿Cómo no han oído nada? Usted ha soltado tal aullido que deben haberse estremecido hasta los cimientos del castillo.

—Quizá... quizá la han matado si ella no se ha prestado a sus sucias apetencias.

—Ahora lo veremos. Duncan es el motivo que me ha traído aquí.

—¡No me deje solo, Bowman!

—Tengo un trabajo que hacer, amigo.

—¡No quiero quedarme solo! ¡Él puede volver!

Bowman sacó un paquete de cigarrillos y le ofreció uno a Mike, que lo tomó con ansia. El encendió otro y dejó pasar unos minutos escuchando el silencio... peleándose con su mente para alejar de ella la horrible imagen del aparecido.

Ante aquel ser espeluznante, hasta Duncan pasaba a segundo plano.

* * *

Sin embargo, Duncan, en aquella noche de aquelarre, era el auténtico y feliz protagonista.

Cuando oyó abrirse la puerta de su habitación sintió que todo su cuerpo se ponía tenso.

Admitió que había llegado a dudar de que Katharine accediera a su deseo.

Pero se había rendido. Era ella la que acudía a su cita.

Se incorporó, abandonando la cama donde había esperado tumbado de espaldas. En la oscuridad oyó cerrarse otra vez la puerta... Arrugó la nariz, no obstante, porque el abrirse había penetrado un ramalazo de aquella pestilencia incomprensible.

Murmuró:

—Sabía que vendrías. Debiste comprender desde el principio que solo un hombre podría hacerte sentir todo el fuego que tú necesitas.

Su voz se extinguió, ronca como un murmullo.

La oyó acercarse, apenas un roce en la oscuridad.

—Katharine...

—Sssss...

—¿No deseas hablarme?

Tendió las manos, anhelante, ansioso.

Sus dedos se cerraron en torno a los mórbidos brazos desnudos de la joven. Sintió una sensación como de quemadura, como si la piel suave ardiera en una fiebre de deseo.

La atrajo hacia sí conteniendo la respiración ante el instante de sublime triunfo que estaba viviendo.

Luego, la abrazó y el cuerpo juvenil se pegó al suyo mientras él buscaba sus labios allí donde debían estar. Los encontró. Eran ardientes, jóvenes, y al estrujarlos bajo los suyos, le transmitió el fuego de su aliento, como si dentro de ella ardiera un incendio.

La sintió cómo levantaba los brazos y los enroscaba detrás de su cuello, cómo le dejaba la iniciativa mientras sus bocas seguían unidas en un beso que no parecía tener fin.

La levantó suavemente en vilo y ambos se recostaron en el lecho. Jamás mujer alguna le había besado con ese fuego, con esa salvaje intensidad. Se sintió momentáneamente aturdido porque él había esperado una entrega pasiva, quizá incluso gimoteante.

Y ahora tenía entre los brazos a una mujer de increíble belleza que parecía desearle con más intensidad aún de la que él sentía por ella.

Subyugado, Duncan ansiaba que todo aquello no fuera un sueño, que ella continuase tan apasionada hasta el final, dejando las reflexiones para otra ocasión mejor y entregándose por entero al placer brutal de sus sentidos entorpecidos por el deseo.

De cualquier modo, y en medio del éxtasis, Duncan hubiera deseado disponer de un poco de luz para ver en toda su plenitud la radiante belleza de Katharine. Poder contemplarla sin trabas, sabiéndola suya y sabiendo también que lo era con plena conciencia, con pleno consentimiento.

Pegada la boca a la ardiente mejilla, susurró:

—Te quiero, pequeña mía. Que me condene si conocí una mujer como

tú...

Le respondió un breve quejido. Quizá de dolor, quizá de impaciencia.

—Haré que me ames. Quiero que nunca más nadie pueda amarte como yo.

De nuevo calló, sumergido en el fuego de aquella boca implacable.

La sentía tan suya entre sus brazos como si formara parte de su mismo cuerpo. Y era como un vértigo que amenazaba precipitarle a un abismo al que deseaba hundirse en cuerpo y alma.

Y repentinamente, en un instante, todo pareció cambiar.

En el primer instante, Duncan no supo qué sucedía, porque su mente se hallaba embotada. Todo él era puro instinto.

Pero el cuerpo hasta entonces tenso, suave y turgente, parecía desvanecerse entre sus dedos, aflojarse como si cambiara incluso de forma.

Y al mismo tiempo le envolvía de nuevo el hedor a putrefacción, a muerte vieja y sucia.

—Katharine...

Ella no respondió. Seguía atenazándole entre sus brazos, pero ahora se le antojaron menos suaves, duros y lacerantes.

Intentó desasirse, pero el abrazo de la mujer era tan duro como un dogal de hierro.

Asustado, tanteó en la oscuridad hasta localizar la lámpara que había sobre la mesilla. La encendió...

Un espanto sin nombre le invadió.

Y una náusea terrible, tan pestilente como el hedor en que ahora estaba sumergido.

Estaba abrazado a un cadáver en descomposición y su boca había estado unida a las repugnantes y descarnadas encías de dientes amarillos.

Fue una vorágine la que le envolvió. El asco absoluto, de vómito, todo se mezclaba con la horrenda pesadilla. La pesadilla hecha pestilencia. La pesadilla a la que había besado...

Lanzó un grito ahogado y trató de saltar a un lado. Con nuevo espanto se dio cuenta de que no podía y se forzó a mirar la carátula carcomida y putrefacta que tenía a unas pulgadas de su rostro.

Los ojos estaban abiertos y fijos, vidriosos, y sin embargo, poseían una cualidad de supervivencia increíble... le miraban a su vez con fijeza, despiadados, implacables como la muerte.

Forcejeó desesperadamente. El amasijo blando y viscoso se agitó con él y la boca pareció reír... aquella caverna de hedor espantoso que había besado hasta perder la noción del tiempo.

Los brazos, puros huesos y piel a punto de desprenderse a tiras se deslizaron dolorosamente en torno a su cuello.

Él se echó atrás en un último intento de huir, de vomitar, de arrojar

lejos de sí aquel sabor a podrido, aquel hedor que penetraba en sus entrañas como una marea de miasmas.

Casi lo consiguió.

Casi solamente.

Porque los dedos se cerraron nuevamente en torno a su garganta y empezaron a ejercer una presión creciente, hundiéndose en su carne como garfios de hierro.

Se sintió caer muy hondo, a un pozo sin fondo donde reinaba la podredumbre más abyecta, la fetidez de aquella cosa horrenda...

Se quedó sin fuerzas, como atenazado por una fuerza mil veces superior a la suya, a pesar de que ahora aquel horror viscoso estaba levantándose, apartándose de él. Y sin embargo, continuaba sin poder moverse.

Ella fue alejándose como si flotara hasta desaparecer más allá de la puerta.

Duncan hizo esfuerzos para incorporarse, para librarse de aquella fuerza demoníaca que le sujetaba contra el lecho. No pudo moverse, solo gimotear.

Entonces le asaltó el recuerdo del relato de Katharine. La narración de la leyenda. Y todo el pánico del mundo le invadió de nuevo.

Aquella pareja de amantes en busca de la paz a través de los siglos... el corazón del guerrero arrancado después de cegarle... Las imágenes de estas escenas atroces se le mostraban ahora con nítida realidad, como si las estuviera viendo.

La fuerza colosal que le mantenía clavado en la cama siguió aprisionándolo hasta que ella volvió.

Aquel horror de rostro carcomido y cuerpo informe del que emanaba la más abyecta fetidez que él hubiera podido imaginar.

Pero ahora se añadía un nuevo elemento de terror cervical.

El cuchillo.

El puñal que ella sostenía entre sus garras, como acunándolo contra su pecho huesudo.

El mismo puñal que ya le fuera arrebatado una vez a la armadura del vestíbulo...

Incluso pudo distinguir perfectamente el impacto de la bala de Hayworth.

El espectro fue aproximándose sin prisa. Le miró.

Duncan se sintió morir.

Ella apartó el puñal de su pecho y con la mano izquierda, pura garra en la que apenas quedaban jirones de piel, pareció acariciarle el pecho durante un instante hasta que se detuvo sobre el corazón, como si le gustara detectar los salvajes latidos desordenados que impulsaba el terror.

Después, como si cumpliera un rito, la aparición espectral levantó el

cuchillo y apoyó la aguzada punta sobre el pecho, justo donde el corazón palpitaba como si se hubiera vuelto loco él también.

Y entonces apretó y el hierro abrió el pecho de Duncan, para cumplir lo profetizado por la leyenda...

CAPÍTULO 12

L

UKE Bowman abrió la puerta y encendió la luz.

Sobre el lecho, tendida con las ropas en desorden, Katharine dormía profundamente.

Junto a él, Mike suspiró.

—Está viva...

Los dos hombres entraron en el dormitorio y ambos se inclinaron sobre la bellísima muchacha.

Subyugado, Bowman permaneció inmóvil mucho tiempo, fija la mirada en la joven dormida, como fascinado por tanta belleza.

Mike susurró:

—No le ha sucedido nada... de lo contrario, no podría dormir con esta calma...

—No es un sueño normal.

—¿Quiere decir que la han drogado?

—No puedo saberlo.

—Entonces, ese bastardo puede...

—No adelante los acontecimientos. Ella no muestra ninguna señal de violencia. Despiértela... O mejor no. Vayamos primero en busca de Duncan.

—Está bien.

Mike se aferró a la barra de hierro y siguió a Bowman al pasillo.

Abrieron una puerta tras otra hasta llegar al dormitorio del rufián. Allí, Bowman entró, solo para detenerse de pronto como herido por un rayo.

Tras él, Mike emitió un quejido y hubo de apoyarse en la pared para no caer en redondo al suelo.

Sobre una cama que era un mar de sangre, yacía el cadáver de Nicholas Duncan. En su pecho habían abierto un espeluznante boquete... y carecía de corazón.

Bowman luchó con el pánico que le invadía, con el horror negro y sin nombre que le empujaba a conclusiones que ni se atrevía a formularse.

—Le han arrancado el corazón. En mi vida había visto nada semejante.

—La leyenda... Se lo dije... Katharine la contó abajo...

Bowman se volvió hacia él.

—Será mejor que regrese usted al salón, muchacho. Yo me ocuparé de todo este lío de aquí arriba. Emborráchese si quiere. Es lo que está necesitando.

—¿Y Katharine?

—Cuando despierte, ya no tendrá nada que temer.

Mike se fue con pasos vacilantes hasta desaparecer en las escaleras.

Tras un último vistazo al mutilado cadáver, Bowman regresó a la habitación de Katharine, se acercó a la muchacha y apoyando la mano en su hombro, la sacudió con suavidad.

—Despierte...

Ella parpadeó y ladeó la cabeza, fijando la mirada en el hombre.

De repente, dio tal respingo sobre el lecho que quedó sentada en él.

Y Bowman vio asomar el pánico a sus grandes ojos.

—Cálmese, ya no tiene nada que temer.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Luke Bowman. Pertenezco al Departamento de Narcóticos de los Estados Unidos, si eso la tranquiliza.

—No comprendo... Me quedé dormida... ¡Dios bendito! ¡Mi primo! ¡Mike!

—Mike está bien... dentro de lo que cabe. Pero no le hicieron nada esos rufianes, si es eso lo que la inquieta.

—¿Mike está bien? ¿No miente usted?

—¿Por qué habría de mentirle? Únicamente que ha pasado por unas experiencias horribles y durante un tiempo vivirá obsesionado por algo que cree haber visto.

—No comprendo...

—Habrá tiempo para explicárselo. Ahora hablemos de usted. Según su primo, Duncan pretendía... ejem... abusar de usted. ¿Es cierto?

—¡Oh, sí! Me dio un plazo... y me quedé dormida. No puedo comprender cómo sucedió... Yo estaba terriblemente inquieta y desesperada...

—Eso no debe preocuparla. Fue un bien para todos que usted se durmiera.

—¿Dónde están esos horribles individuos?

—Duncan ha muerto. En cuanto al otro, no sé dónde ha podido esconderse.

—¿Quiere decirme qué ha sucedido esta noche?

—Más tarde. Ese maldito Duncan era el criminal más despiadado de cuantos he conocido, pero el condenado tenía buen ojo.

—¿Qué?

—Olvidelo. Quiero decir que usted es capaz de fascinar a cualquier

hombre, incluyéndome a mí. Aunque a mí nunca se me ocurriría emplear la violencia para conseguir su amor.

—Gracias... pero no debe hablarme así después de las cosas horribles que han pasado.

—No lo sabe usted bien. Y será preferible que siga ignorándolo ¿Puede levantarse?

—Sí.

Saltó de la cama, arreglando cómo pudo sus arrugadas ropas.

El seguía sin poder apartar la mirada de aquella mujer adorable que le atraía como el vértigo de un abismo.

La tomó del brazo para ayudarla a sostenerse y abandonaron el dormitorio.

La puerta del cuarto de Duncan estaba cerrada, no obstante él apresuró el paso al cruzar ante ella.

Después, en el vestíbulo, evitó que ella viera la mano que seguía en el suelo y la llevó al salón.

La ventana estaba abierta dejando penetrar el aire frío de la noche.

—Creo que necesita usted un buen trago, Katharine. Y yo también, dicho sea de paso.

Apenas había tomado la botella cuando allá afuera resonó un grito agudo.

La muchacha exclamó:

—¡Mike!

Bowman se precipitó a través del ventanal. Katharine dio un respingo al verse sola en aquella lóbrega estancia y le siguió.

Vieron a Mike plantado en el barro, mirando hacia las alturas de una torre.

Allá arriba, tétrico y siniestro, el cuerpo de Hayworth se balanceaba suavemente en la horca. Su silueta resaltaba con el brillo de la luna.

Bowman rezongó:

—Si se trata de Hayworth, tampoco ha podido huir... y todo esto sin que yo haya tenido que disparar un solo tiro.

Los dos primos estaban abrazados, llorando.

Les dejó solos a fin de que la muchacha pudiera asimilar mejor el terrible cambio sufrido por Mike, su primo, y él se dirigió al torreón.

Arriba comprobó que se trataba realmente de Hayworth, ahorcado por algún poder increíble, aunque después de lo que había presenciado aquella noche, Bowman estaba dispuesto a aceptar cualquier cosa por fantástica que fuera.

Incluyendo la subyugante belleza de aquella muchacha aparecida en su vida cuando solo cabía esperar violencia y muerte.

Descendió otra vez.

Estaba satisfecho, porque ahora sería más fácil capturar a Sherman, el individuo que faltaba para completar la banda, que caería en sus manos cuando regresara con la motora sin imaginar lo que había ocurrido allí.

Habría que dar infinidad de explicaciones a Scotland Yard...

El rostro de Katharine resplandecía bajo la luz de la aurora. Sonrió tímidamente cuando él clavó los ojos en sus pupilas.

—Gracias por todo lo que ha hecho por nosotros, señor Bowman. Nunca le olvidaré.

Él sonrió.

—Llámeme Luke. Y tiene razón: nunca me olvidará. Porque cuando cierre este caso pienso ir en su busca, Katharine. ¿Qué me dice?

Ella no dijo nada.

¿Para qué?

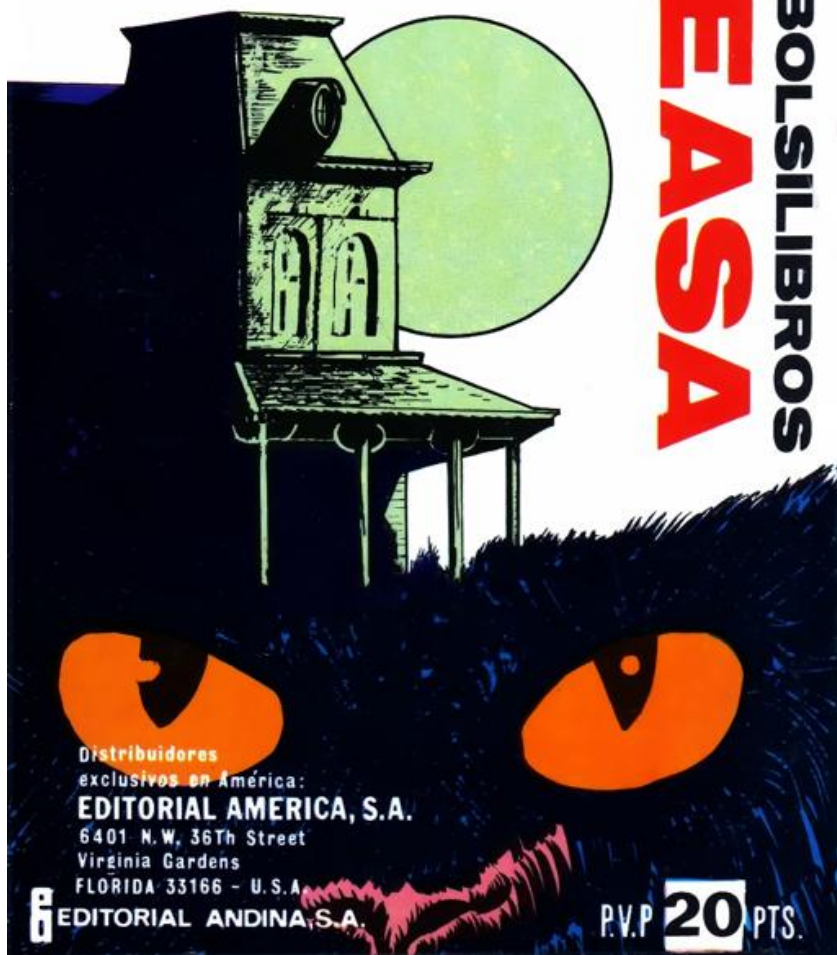
Ya lo decían sus ojos.

FIN

TERROR

Una nueva
colección
avalada por el
sello de
prestigio

BOLSILIBROS
EASA



Distribuidores

exclusivos en América:

EDITORIAL AMERICA, S.A.

6401 N.W. 36th Street

Virginia Gardens

FLORIDA 33166 - U.S.A.

6

EDITORIAL ANDINA, S.A.

P.V.P. **20** PTS.